
El hombre moderno está ante un futuro incierto, intuído por muchos como posiblemente trágico. Toda encrucijada histórica contiene dentro de sí una doble alternativa de perdición o de gracia. Depende de las decisiones que se pongan en juego de cara a ese futuro que no se nos da mecánicamente. Nos preguntamos si el mensaje de Jesús puede ayudarnos a escrutar los signos de los tiempos para una mayor conciencia de las realidades del mundo y si la fe en Jesús es capaz de despertar en nosotros la clarividencia, la fortaleza y la esperanza necesarias para forjar el futuro.

rudolf schmackenburg

observad los signos de los tiempos

*SOBRE EL ADVIENTO
Y LA ESPERANZA*

Observad los signos de los tiempos

INDICE

1. <i>Signos del tiempo presente</i> (Lc., 12, 54-56)	7
2. <i>¿Duda sobre el futuro? El mensaje de Jesús</i> (Lc., 17, 20-21)	25
3. <i>Firmes en la tribulación.—Pablo habla sobre nuestra esperanza.</i> (Rom., 5, 2-5).	45
4. <i>Fuerzas del futuro en el presente.—La visión de Juan</i> (Jn., 15, 7-11)	63

Título del original alemán:
Deutet die Zeichen der Zeit

HERDER Verlag

Traducción de Eliseo Domingo Montalvá

© Editorial SAL TERRAE, Santander.

Printed in Spain

Con las debidas licencias

1. Signos del tiempo presente

Lc. 12,54-56:

«Y añadió también para la gente:

«Cuando veis subir una nube por el poniente decís enseñada: «chaparrón tenemos», y así sucede. Cuando sopla el sur decís: «Va a hacer bochorno», y lo hace. Hipócritas: si sabéis interpretar el aspecto de la tierra y del cielo, ¿cómo es que no sabéis interpretar el tiempo presente?».

Los tiempos de ruptura apuntan al futuro. ¿Quién puede dudar de que vivimos en uno de esos tiempos? Lo que convulsionó a las jóvenes generaciones, en la última década de intranquilidad y movimiento y las condujo a pasiones y actos de violencia y después a la desorientación y a la resignación, depende y no en pequeña medida, de la pregunta sobre el futuro. Alvin Toffler ha hablado del «shock del futuro», que ha asaltado a los hombres de nuestro tiem-

po. En su libro del mismo título, demuestra con abundante y minucioso material, que en pocas décadas han acontecido poderosas variaciones tras las cuales el desarrollo de siglos enteros se queda muy atrás. Es como si la humanidad de hoy hubiera dado un poderoso salto hacia delante y no acabara de asimilarlo.

Preocupación por el futuro.

La investigadora americana Margaret Mead afirma en su obra «El conflicto de las generaciones»: la generación actual está imbuída de un nuevo sentido ante la vida, se entiende como inmigrante en una tierra nueva. La preocupación por el futuro, es el fundamento más profundo para sus aspiraciones revolucionarias contra el orden y sistemas establecidos. Quiere romper las presiones procedentes de la sociedad de la eficacia y del consumo. Se defiende contra el control y la planificación total del hombre, contra el absurdo de un desarrollo que aparece como indetenible. Mientras tanto se ha efectuado un cierto cambio de actitud. No pocos jóvenes se apartan de aspiraciones extremas, caen en la cuenta de lo absurdo de las acciones violentas e intentan adquirir, por la reflexión y meditación, una fuerza interior que les permita seguir su camino en medio de toda clase de intranquilidades e inseguridades. La rápida sucesión y pluralidad de posiciones contrarias y de corrientes ideológicas produce confusión y nadie se atreve a decir qué fuerzas se impondrán, ni a dónde va el viaje hacia el futuro.

También la fe cristiana está involucrada en la intranquilidad y conmoción de este tiempo. La fe es llevada y vivida por hombres, que como los demás, están arrebatados y sacudidos por las olas de su tiempo. Pero si es cierto que la duda sobre el futuro es causa, escondida y potente, de la intranquilidad e inseguridad reinantes podríamos es-

perar una respuesta desde la fe, porque el cristianismo es una religión de la esperanza. ¿Puede subsistir esta esperanza ante la oscuridad, ante las necesidades y preocupaciones de nuestro tiempo? ¿Puede darnos el mensaje de Jesús, rayos de luz para el futuro, suministrarnos alguna iluminación de nuestra situación histórica, ofrecernos indicaciones para nuestro propio camino y para nuestro comportamiento en la sociedad?

A una tal reflexión nos invita especialmente el Adviento. Adviento significa llegada del Señor. En la liturgia se puede reconocer, en una visión de conjunto, una triple llegada de Cristo: una ya ocurrida, el venir histórico de Jesús, en el que se ha cumplido la espera de los tiempos anteriores, lo que habían previsto los profetas; luego hay un «todavía por venir» de Jesucristo al final de los tiempos, es decir, un venir que se está acercando constantemente, en la esperanza; finalmente un venir presente, un venir espiritual y gracioso, que da a la espera fundamento e impulso. En la reflexión meditativa, en el encuentro eucarístico, en la celebración de la comunidad, experimentamos siempre esta tensión entre cumplimiento y espera. Los textos litúrgicos expresan aspectos de nuestra fe, que nos permiten experimentar el misterio del tiempo y el desafío de la historia.

Reflexionemos, en este horizonte, sobre cómo podemos regir nuestro tiempo y el futuro que se nos echa encima. El tiempo actual nos llama a salir de nuestra tranquilidad y autoseguridad. Los investigadores del futuro nos dicen que la sociedad actual no puede existir indefinidamente, dada la acelerada explosión demográfica, el agotamiento de las fuentes de energía, la destrucción ecológica, la injusta distribución de los bienes, la irracional carrera de armamento, etc... Las fronteras del crecimiento son previsibles. Crisis económicas, y conflictos armados, catástrofes naturales y el hambre intranquilizan a la humanidad, que se ve globalmente interrelacionada.

La pobreza y las necesidades de los pueblos subdesarrollados forman una marea que amenaza arrastrarnos. En los países ricos estallan nuevas violencias y la carrera de armamentos no tiene fin. El camino hacia el futuro se muestra sombrío.

Respuestas del mensaje de Jesús.

¿Puede Jesús, con su mensaje, decirnos algo en esta situación? ¿Puede el cristianismo primitivo, que recogió el mensaje de Jesús y que lo mantuvo en su tiempo, darnos una respuesta?

Si consideramos la situación actual del mundo, no superficialmente, sino en sus fundamentos subyacentes más profundos, y contemplamos el comportamiento de los hombres, el mensaje de Jesús y el eco polifónico de las comunidades cristianas primitivas adquieren un significado extraordinario para nuestro tiempo y para nuestro camino hacia el futuro. Pues el hombre, con sus tomas de posición y con sus decisiones, sigue siendo el factor más fuerte, y al mismo tiempo, el más inseguro en el cálculo del futuro, en los pronósticos del más sombrío de los futurólogos.

Cuando Jesús se dirige a sus coetáneos equipándolos para el tiempo venidero, hay en sus palabras, expresiones, llamadas y exigencias, que se dirigen a todos los hombres, también a los hombres de nuestra época tecnificada. Sus palabras, pronunciadas en una situación concreta, tienen una fuerza permanente y alcanzan en nuevas constelaciones históricas, una actualidad siempre nueva.

La iglesia primitiva entendió esto perfectamente; aplicaba las palabras de Jesús a su propia situación, siempre distinta en las circunstancias de vida de las diferentes comunidades. Sus maestros y teólogos escudriñaron el mensaje de Jesús a la luz de la fe, y adquirieron nuevas pers-

pectivas para ver la historia humana y la existencia cristiana en este mundo. Hay ya en el cristianismo primitivo diversas formas de comportamiento cristiano ante el mundo. No es que nosotros podamos, sin más, apropiarnos sus concepciones, pero sí nos ofrecen sugerencias y cauces sobre cómo podemos regir mejor nuestro futuro. Las palabras de Jesús en los evangelios, recogidas, ordenadas y aclaradas para la mentalidad de la época, son palabras nacidas de inagotable profundidad y contienen una fuerza creativa permanente.

«Signos de los tiempos».

Jesús habló de signos del tiempo. No es un análisis de la situación del mundo de entonces, ni de las perspectivas de futuro, ni tampoco un pronóstico según previsión humana. Son palabras dirigidas a los hombres, sobre el trasfondo de una experiencia histórica, para conducirles a una reflexión y a un cambio de comportamiento. Es una llamada profética, tras la que se esconde un mensaje, que Jesús quiere comunicar en el nombre de Dios. No nos es posible verificar cuándo y en qué ocasión pronunció Jesús estas palabras. Lucas las encuadra, como veremos más tarde, en un contexto creado por él; hace que se dirijan, de forma acentuada, a la muchedumbre, para que quede claro al oyente que atañen a todos los hombres. Pero el reproche que se yergue en el centro «vosotros hipócritas», da pie para aceptar que estas palabras, en boca de Jesús, se dirigían originariamente a gente cuyo corazón se cerró a su mensaje. Volvemos a encontrar la misma dureza de tono, enseguida (13,15), en la respuesta de Jesús al presidente de la sinagoga, que se irrita por la curación que ha hecho en sábadó. Para Jesús son hipócritas, los hombres que por su terquedad y mala voluntad, contradicen las intenciones de Dios; los que no

quieren reconocer lo que Dios, de forma evidente, hace por los hombres y los que de este hacer de Dios no extraen consecuencias para el propio obrar. La palabra hipócrita expresa pues, algo más que el guardar las apariencias encubriendo los verdaderos pensamientos; hipócritas son los hombres que se resisten contra la verdad conocida, que se oponen a Dios.

Aunque la alocución de Jesús se dirija originariamente a sus endurecidos enemigos, está lleno de sentido el que Lucas haga de ella una llamada a todos los hombres. ¿No estamos todos en peligro de no ver los signos de los tiempos, de no quererlos ver, porque nos sacan de nuestra comodidad burguesa, de nuestra indiferencia e inactividad? La iglesia primitiva aplicó a la situación de sus creyentes, las abundantes advertencias a la vigilancia y disponibilidad. Lucas contempla, especialmente, la tentación de riqueza y prosperidad: «Lo que cayó entre las zarzas son los que escuchan, pero con los afanes y riquezas y placeres de la vida, poco a poco se ahogan y no maduran» (8,14). «Andaos con cuidado, que no se os embote la mente con el vicio, la bebida y los agobios de la vida, y el día aquel, se os eche encima de repente; por que caerá como un lazo sobre todos los que habitan la faz de la tierra» (21,34).

Conocer el escondido obrar de Dios.

¿Pero, qué son estos signos de los tiempos que Jesús tiene ante los ojos? ¿Son signos amenazadores, o salvíficos?

Los signos climáticos, únicos sobre los que los textos dan una indicación, son fenómenos observables diariamente, a los que el hombre del campo presta especialmente su atención. No nos permiten concluir ni catástrofes ni acontecimientos favorables. El primero que se cita, el anuncio de lluvia es, para las condiciones climáticas en Palestina, algo

alegre y deseable. Tras una horrenda sequía, que duró tres años, se dice del profeta Elías, en el Libro de los Reyes, que Dios anunció la lluvia, tan largo tiempo deseada. El profeta subió hasta lo alto del Carmelo, se acurrucó en el suelo y colocó su cabeza entre las rodillas. Luego ordenó a su siervo: ¡Ve y mira hacia el mar! Este fue, atisbó y anunció: nada se ve. Una y otra vez, envió el profeta a su siervo y a la séptima vez, anunció éste: una nube, pequeña como la mano de un hombre, sube desde el mar... No pasó mucho tiempo cuando se oscureció el cielo por tormenta y nubes, y cayó una fuerte lluvia (1 Re 42-45). Así pudiera ser «la nube que por poniente se levanta», en las palabras de Jesús: un signo portador de gozo. Por el contrario, el viento del sur, que se cita después, y que trae calor, es temido por sus efectos abrasadores; seca, como el levante del desierto pozos y manantiales (Os. 13,15).

Los signos climáticos empleados por Jesús, deben tan sólo aludir al cambio que se espera. En otros textos paralelos de Mateo, no atestiguados por los manuscritos más antiguos, se escogen otros ejemplos: «Al caer la tarde decís: 'está el cielo rojo va a hacer bueno'; por la mañana decís: 'está el cielo de un color triste, hoy va a haber tormenta'» (16,2-3). Aquí se emplea casi un mismo signo exterior, el crepúsculo y la aurora, para, respectivamente, distintos pronósticos y se ilustra, con ello, la capacidad que tiene el hombre para juzgar todo muy exactamente; lo único que no saben interpretar son los signos de los tiempos. Los ejemplos que en estas predicaciones «sobre los tiempos» pone Jesús, son sólo imágenes y parábolas para expresar su pensamiento: a los hombres les falta la disposición para ver, en los signos expuestos por Jesús, un acaecer más profundo y significativo, el apuntar de un cambio y sacar, para sí, las consecuencias pertinentes.

Una imagen semejante se encuentra en la parábola de la higuera, incorporada al gran discurso sobre el futuro: «Y les

puso una comparación: Fijaos en la higuera o en cualquier árbol: cuando echan brotes, os basta verlos para saber que el verano está ya cerca.» En este caso Lucas ha expresado más claramente cuál es el acontecimiento esperado, pues continúa: «Pues lo mismo, cuando veáis vosotros que suceden estas cosas, sabed que está cerca el reinado de Dios» (21,29-31). Esta parábola alcanza, precisamente por el contexto sobre el final de los tiempos en que está situada, un sentido especial, que nos hace pensar en el anticipo de la venida del Hijo del Hombre y de la consumación del Reino de Dios. Lucas cita sólo el Reino de Dios; en la predicación de Jesús este tema ocupa un lugar central. La parábola misma que tuvo mucha aceptación en el pueblo en boca de Jesús se entendería como un signo anticipado y visible de que el señorío de Dios está ya llegando; no como en la alocución sobre el final de los tiempos, que, para la comunidad posterior, se convierte en signo sólo de la venida de Jesús al fin del mundo. Se complementan pues, las parábolas de las señales del tiempo y de la higuera. Jesús está convencido de que, en su tiempo, ocurren cosas que convierten el obrar de Dios en algo que se puede percibir con certeza, por los ojos que quieran ver y por los corazones de buena voluntad.

¿Qué otra cosa significa Señorío y Reino de Dios? Dios reina, no como un poderoso de la tierra con un aparato de poder visible, sino escondido, con signos, y sin embargo eficaz y perceptible. Hay otras palabras de Jesús, de la más antigua tradición, que se dirigen a los discípulos «¡Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis! Porque os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis y no lo vieron, y oír lo que oís vosotros y no lo oyeron» (Luc. 10,23-24).

De las distintas expresiones, que de Jesús nos han sido transmitidas, se desprende un acuerdo fundamental en su anuncio: Dios está manos a la obra, introduciendo un nuevo giro en la historia. Signos de su actuar son ya cognoscibles. Acontecen ante los ojos de los hombres: en la presencia de

Jesús, en su predicación y los hechos que la acompañan, en una mutación, llena de esperanza, de la situación en la que se encuentran los hombres. De todos modos, no hay que entender esto como el aparecer de cosas sensacionales, que, de un golpe, mejoren la situación y destierren definitivamente toda necesidad y todo dolor. No se trata de una intervención del cielo en el acaecer terreno, de manera que sin cooperación del hombre se destruyera el poder del malo, se cambiaran las relaciones políticas y económicas, o se estableciera un nuevo orden.

¿«Signos del cielo»?

El mismo Jesús, que nos llama a observar los signos de Dios en este tiempo, rehusa repetidamente hacer una señal del cielo. Cuando se le inducía a ello, decía: «Esta gente de ahora es mala gente. Exige una señal, y señal no se le dará, excepto la señal de Jonás; porque igual que Jonás fue una señal para los habitantes de Nínive, también lo será el Hijo del Hombre para esta generación» (Lc. 11,29-30).

La incredulidad del hombre cierra su entendimiento y exige un signo extraordinario, donde, de suyo, ya hay signos bastantes del obrar de Dios. Es el no entender la predicación de Jesús, lo que hace que los hombres esperen de El un milagro extraordinario o acontecimientos espectaculares; porque El sólo quiere anunciar el milagro del amor de Dios y la capacidad humana para el amor y para la conversión del corazón. En este sentido Jesús mismo es el signo de Dios dado a los hombres, como la primera comunidad lo interpretó al considerar el signo de Jonás de que habló el Maestro.

En el Evangelio de S. Juan sucede algo parecido: Jesús ha mostrado el amor de Dios a la muchedumbre, con ocasión de la gran multiplicación de los panes. Pero, después, le apre-

mian algunos judíos: «Y ¿qué señal realizas tú para que, viéndola, creamos?, ¿cuál es tu obra?»

Nuestros padres comieron el maná en el desierto; así está escrito: 'les dio de comer pan del cielo'» (Jn. 6,30-31). El evangelista interpreta la cuestión de forma correcta, según criterio de fe, cuando pone en labios de Jesús esta contestación: «Yo soy el pan de la vida. El que se acerca a mí, no pasará hambre y el que tiene fe en mí, no tendrá nunca sed.» Y a los judíos les contesta: «Pero vosotros, como os he dicho, aunque habéis visto, no tenéis fe» (6,35-36).

Llamada a la conversión.

De vez en cuando, parece Jesús reconocer, en acontecimientos externos, la llamada de Dios. Según la tradición especial de Lucas, vino gente a Jesús y le cuentan la matanza de galileos que realizó Herodes, durante la celebración del sacrificio mezclando su sangre con la de los animales de los sacrificios. Entonces les dijo: ¿Pensáis que esos galileos eran más pecadores que los demás, porque acabaron así? Os digo que no; y si no os arrepentís, todos vosotros pereceréis igual. Y con ocasión de esto, se acuerda también de dieciocho hombres que murieron en el derrumbamiento de una torre en Jerusalén y dice: Y aquellos dieciocho que murieron aplastados por la torre de Siloé, ¿pensáis que eran más culpables que los demás habitantes de Jerusalén? Os digo que no, y si no os arrepentís, todos vosotros pereceréis también. (Lc. 13, 1-5).

Para Jesús Dios habla también a través de los acontecimientos temporales. Jesús no los refiere directamente a Dios; se opone más bien a la opinión popular de que los hombres a los que les sucede algo malo, sean castigados por Dios por sus pecados. Pero aprovecha estos acontecimientos luctuosos para mover a reflexión a los hombres, afectados

por ellos, como ya hicieran, antes, los profetas, y para que vean, en ello, una llamada a la conversión.

Como quiera que Lucas cuenta todas estas cosas tras las palabras sobre los signos climáticos, nos hace suponer que, para él, este pasaje pertenece a lo que para Jesús eran signos del tiempo. Pero esto sería sólo un punto de vista del evangelista y lo expresa la estructuración redaccional de su evangelio. Difícilmente se podría concluir que Jesús, con estos signos climáticos, se refiera a cosas amenazadoras. Vimos cómo en esos signos, sacados de la observación del clima, más bien veía una bendición, un signo prometedor. Jesús no fue, de primera intención, un predicador de penitencia y juicio, como muchos de los profetas veterotestamentarios, incluido Juan el Bautista, sino el enviado divino de la mirericordia de Dios y de la salvación. Su amenaza de juicio es sólo el reverso de la moneda, para quienes no quieren aceptar el Evangelio.

Abrirse a lo nuevo.

Jesús, según Lucas, no habla ni una sola vez, literalmente, de signos que tuvieran que ser observados por sus oyentes, sino que dice, traducido literalmente: «¿Cómo es que no escrutáis este tiempo?»; para «tiempo» eligió un vocablo que no significa el transcurso temporal, sino el tiempo favorable para obrar, el tiempo que urge y es propicio para una decisión. Este concepto se ha introducido en nuestro lenguaje con un neologismo: «kairós», que es el tiempo cualificado, que lleva en sí algo significativo; el tiempo otorgado, que no nos es lícito malgastar. Jesús quiere expresar con «este tiempo», el presente, el hoy en que se proclama la misericordia de Dios y también su voluntad salvífica, que se torna exigencia respecto a la aceptación por parte del hombre.

Aunque Jesús no se cita a sí mismo como sujeto activo de esa acción —más bien coloca su persona tras su misión y obra—, no se puede dudar que piensa que toda esa acción salvadora de Dios sucede a través de él. Las curaciones y expulsiones de demonios son señales de la voluntad salvífica de Dios. Su participación en las comidas de publicanos y pecadores (Lc. 5,27-32) demuestra la aceptación por Dios del pecador. El perdón de la pecadora despreciada (Lc. 7,36-50), muestra que Dios dirige su amor hacia todos, pero que espera también de todos una respuesta de amor y en gran medida. Es el «año de gracia del Señor», como se llama, en la alocución programática de Jesús en Nazaret (Lc. 4,19), al «hoy» en el que se cumplen las promesas de los profetas (4,21).

El tiempo de Jesús, visto desde fuera, estaba plagado, no menos que en otras épocas, de intranquilidad, luchas y rebeliones. A los hombres les impulsaban la envidia y el odio, la presunción y la ambición. Pero Jesús introduce algo nuevo con su mensaje, con su comportamiento y su hacer: Esto no puede continuar así y no continuará. La misericordia de Dios, que se ha hecho visible para los hombres equivocados y pecadores, es la posibilitación de un nuevo tiempo y, a la vez, una llamada para abrirse a lo nuevo y a ser distintos. Este es el sentido de la conversión: «Se ha cumplido el plazo, el reinado de Dios está cerca. Arrepentíos y creed la buena noticia» (Mc. 1,15). Sólo donde falta esa voluntad de conversión, se convierte la llamada de Jesús en una advertencia y su palabra, en juicio: «Os aseguro que los recaudadores y las prostitutas os llevan la delantera para entrar en el reino de Dios» (Mt. 21,31).

¿Es el mensaje de Jesús una utopía?

Entendida la intención de Jesús, quizá se levante en nosotros, hombres del siglo XX, una tenue duda: ¿No se habrá

engañado Jesús con su optimismo? ¿Se han hecho los hombres, en estos siglos de cristianismo, algo distintos? ¿Se puede percibir, eficazmente, la bendición de Dios proclamada por Jesús, siquiera en esferas parciales de la sociedad o en las relaciones interhumanas? ¿Se han dejado los hombres transformar visiblemente por la misericordia y por el amor de Dios? ¿No se componen los signos visibles de nuestro tiempo de tormentas y de amenazadoras catástrofes?

Antes de intentar responder a estos interrogantes, sería conveniente aclarar otro punto. Para la iglesia primitiva, que perfiló y nos entregó el mensaje de Jesús, esta cuestión era tan acuciante como para nosotros. ¿No fracasó Jesús, con su llamada y mensaje, ya entre sus coetáneos, en el pueblo de Israel? ¿No se había acusado de rebelión a ese heraldo del amor de Dios, a ese bienhechor de los hombres (cfr. Hech. 10,38). a ese justo inocente? ¿No fue entregado a los romanos y crucificado como un delincuente común?

La iglesia primitiva sabía que Jesús había anunciado un cambio rápido, el próximo e inmediato despuntar del reino de Dios, y esa «espera de lo cercano» la ocupó muchas de sus fuerzas vitales. Las palabras de Jesús, no la condujeron, sin embargo, a error. Ciertamente que su resurrección había abierto perspectivas enteramente nuevas, había despertado una esperanza sobre toda la oscuridad terrena, sobre todo el decurso enigmático de la historia. Pero los primeros cristianos continuaban viviendo en la tierra y querían comprender las palabras de Jesús como indicaciones para su existencia terrena y para su comportamiento en la sociedad humana. Por ello, precisamente el evangelista Lucas, no sólo transmite a las comunidades el mensaje de Jesús, en forma histórica, sino que lo interpreta para el presente. Las palabras que Jesús pronunció para sus contemporáneos y en situaciones bien determinadas, no han perdido, en su opinión, nada de su fuerza y actualidad para los oyentes de una o dos generaciones posteriores que es a los que Lucas se di-

rige. Para Lucas sigue habiendo signos del tiempo, signos de su tiempo, que provocan todavía la advertencia de Jesús: ¡Escrutad este tiempo!

Permaneced firmes en la fe.

Lucas ha trasladado el acento a los fenómenos ominosos, a los signos amenazadores. Las palabras transmitidas de Jesús, que pintan una visión exterior deprimente, Lucas las ha estructurado en el contexto de nuestro pasaje. En primera intención son palabras de advertencia a los discípulos: «¿Pensáis que he venido a traer paz a la tierra? Paz no, división; porque de ahora en adelante, una familia de cinco estará dividida; se dividirán tres contra dos y dos contra tres; padre contra hijo e hijo contra padre, madre contra hija e hija contra madre, la suegra contra su nuera y la nuera contra la suegra» (Lc. 12,51-53). Estas son las imágenes que usa también la apocalíptica judía para pintar tiempos futuros de calamidades. El texto quiere llamar la atención hacia los ataques y persecuciones que sobrevendrán a los discípulos, hacia la lucha por causa de la fe, que dividirá las familias. A las palabras de Jesús sobre los signos de los tiempos, Lucas las da un nuevo destinatario: las muchedumbres.

Luego sigue otra parábola, que describe una situación crítica: «Cuando vas con tu contrincante a ver al magistrado, haz lo posible por librarte de él mientras vais de camino; no sea que te arrastre ante el juez y el juez te entregue al alguacil, y el alguacil te meta en la cárcel» (12,58). También aquí el juicio amenazador, la urgencia del examen de conciencia y la conversión. Así se añade, «ad hoc», el texto ya conocido de los galileos asesinados durante el sacrificio y de los hombres accidentados por el derrumbamiento de la torre.

Está claro: Lucas pretende exhortar a la conversión. Los signos del tiempo apremian, el cristiano tiene que llegar a la decisión radical de liberarse de toda atadura terrena. Lucas no ha omitido ni olvidado el mensaje salvífico de Jesús; sólo que promete la verdadera redención, en la parusía, en la segunda venida de Cristo. Como Jesús mismo: «antes hay que padecer mucho y ser rechazado por esta generación» (Lc. 17,25), así también nosotros tenemos que pasar mucho y perseverar en la fe para entrar en el reino de Dios» (He. 14,22). Esta es la visión de Lucas para su tiempo y sus comunidades.

La reivindicación permanente.

¿Ha faltado, con ello, el evangelista el mensaje o la intención de Jesús? No; más bien ha aplicado las palabras de Jesús a los años ochenta del primer siglo de nuestra era, y con ello, hizo patente a los lectores cristianos de entonces, que también a ellos les atañe lo que dijo Jesús. Lucas no calla nada de lo que Jesús proclamaba en su evangelio. Precisamente él nos ha conservado algunos de los más preciosos pasajes de la predicación de Jesús, como la parábola de la oveja perdida, de la dracma perdida y del hijo pródigo (cap. 15). Ellas forman como el corazón de su libro y se les ha llamado, con razón, «el evangelio en el evangelio». También tenemos que agradecer a este evangelista, entre muchas otras cosas, la parábola del buen samaritano (10,30-37), la narración de la gran pecadora (7,36-50) y la del jefe de aduana Zaqueo (19,1-10). Pero Lucas quería, para su tiempo y para sus cristianos, extraer las consecuencias para su comportamiento en el mundo, y mostrar la exigencia permanente de la predicación de Jesús para los creyentes posteriores.

De manera análoga procedió la totalidad de la iglesia primitiva. Para ella, fue Jesucristo el sí de Dios a las promesas

(2 Cor., 1,20), la palabra definitiva de Dios a la humanidad (Hb. 1,2). Por ello las palabras del Jesús terrestre vinieron a ser las palabras del Cristo resucitado y viviente, con impulsos siempre nuevos para el presente. El redactor de la carta a los hebreos, en una homilía sobre el salmo 95, exclama para sus lectores: «Por eso, como dice el Espíritu Santo: Hoy, si oís su voz, no endurezcáis vuestro corazón... ¡no!; mientras resuena ese «hoy», animaos unos a otros, día tras día, para que ninguno se endurezca seducido por el pecado» (Hb. 3,7. 13). Pablo cita palabras de Isaías: «En tiempo favorable te escuché, en día de salvación vine en tu ayuda» y continúa: «pues mirad, ahora es tiempo propicio, ahora es día de salvación» (2 Cor. 6,2). Este «hoy» y «ahora», todavía vigentes, nos apremian a interpretar las señales de los tiempos en el sentido de Jesús.

Una promesa que nos llama a la acción.

El cristiano puede también participar, sobriamente, como el futurólogo, en el análisis de los fenómenos de su tiempo. Puede, como él, observar los buenos y malos «signos» y comprobar qué pronósticos se deducen de ellos. El cristiano se guardará de toda ilusión, también de aquella que algunos futurólogos añaden: Dios provera que todo vaya bien y que la humanidad no corra hacia una catástrofe. El deseo de aprovechar todas las conquistas de la ciencia y de la técnica, de aceptar todas las posibilidades de la planificación y de la previsión, de desarrollar una política inteligente, de mejorar las estructuras económicas y políticas, puede y tiene que ser apoyado por el cristiano, porque sabe muy bien que Dios no se entromete en las relaciones terrenas y que El no cambia, arbitrariamente ni en forma maravillosa, el decurso de la Historia.

El cristiano no se detendrá, sin embargo en esta consi-

deración preliminar. Para él existen fundamentos del acontecer mundano y existen otros signos en nuestro tiempo, que sólo se hacen patentes a una visión creyente. En ella, el poder del Malo es manifiesto y puede aniquilar hasta las mejores intenciones y los más grandes esfuerzos de los buenos. Es éste un fenómeno inquietante, ante el que los planificadores del futuro cierran gustosamente los ojos y que, sin embargo, nos debe impulsar a una constante vigilancia. Pero el cristiano no desconoce las fuerzas del bien, que a través de Jesús han irrumpido en el mundo: cada movimiento de amor redentor que proviniendo de Jesús capta al hombre y le capacita para la acción; estas son las fuerzas que, no en menor medida, determinan el camino hacia el futuro. El cristiano no se atreve, basándose en esto, a aventurar pronósticos históricoterretres sobre el futuro; pero experimenta en cada acontecer la llamada de Cristo, para escrutar el kairós y entresacar lo que él exige de cada uno. Todavía estamos en el tiempo de Cristo, y todavía tenemos la promesa de que el Reino de Dios está llegando. Esta esperanza permanece, aunque el futuro parezca oscuro. Es una esperanza que no se adormece, sino que llama a la acción, a una acción y comportamiento en el mundo, que tienen como soporte, una esperanza indestructible.

2. ¿Duda sobre el futuro? El Mensaje de Jesús

Lucas 17,20-21: «A unos fariseos que le preguntaban cuándo iba a llegar el reinado de Dios les contestó: La llegada del reinado de Dios no está sujeta a cálculo, ni podrán decir: míralo aquí o allí; porque mirad, ¡dentro de vosotros está el reinado de Dios!».

¿Una esperanza indestructible? ¿En qué se apoya tal esperanza? La duda sobre el futuro no se deja acallar tan fácilmente; hoy es más fuerte que nunca. En el conocido manifiesto de Bertrand Russell se lee:

La vida del hombre es corta e impotente;
sobre él y sobre todo el género humano
desciende, lentamente, un ocaso seguro,
sin compasión y oscuro,
ciego para lo bueno y lo malo;
no parando ante la destrucción,
irrumpe incesantemente la omnipotente materia.

Esta visión es consecuente a una concepción materialista del mundo. La «materia omnipotente» es el mito en el que caen hombres que no encuentran ya sentido al acaecer del mundo, no es más que una derivación de la antigua fe en el destino, que satisfizo, en forma vaporosa y opresora, a los hombres de la baja edad antigua, de la cultura helenística decadente. Los futurólogos actuales se oponen a una tal visión. John Wren-Lewis escribe: «La auténtica ciencia nada sabe de la «materia omnipotente». ...La materia omnipotente es, como el Dios omnipotente de la religión tradicional, sólo una fantasía, en la que determinados hombres se pueden guarecer para escapar al reto de tomarse en serio como seres creativos.»

¿Es el hombre dueño de su futuro?

La salida que se ofrece es, pues, la creatividad del hombre. El hombre es considerado como un ser dotado de insospechadas fuerzas e inagotables capacidades, que puede controlar las dificultades acumuladas por la explosión demográfica de la humanidad y el agotamiento de las reservas materiales. La reflexión de que el espíritu impera sobre la materia, es digna de ser saludada con alegría; es bueno y está justificado que se nos requiera para agotar todo el potencial de fantasía creativa, de capacidad de investigación e invención, de cálculo y planificación.

¿Pero disipa esto, realmente, la duda sobre el futuro? ¿No hay situaciones en las que el hombre, con todo su espíritu, ya no sabe qué decir, y se tiene que someter, impotente, a la fuerza de los hechos? ¿No hay impedimentos en él mismo y oposición desde fuera, que le hacen experimentar los límites de su esencia? La creatividad del hombre está limitada por su creaturidad. Los optimistas del futuro no quieren, de ninguna de las maneras, oír hablar de esto, por-

que suponen que tras ello se oculta una huída hacia el «Dios Todopoderoso», que debe salvar de toda clase de necesidades. ¡Pero qué imagen de un Dios inalcanzable late en ese temor! Dios, el creador, ha dado al hombre espíritu y creatividad y quiere que utilice sus dones: con todo, el hombre no es Dios, sino sólo creatura.

Señorío y Reino de Dios.

Jesús fundamentó en Dios la esperanza que él con su predicación despertaba en los oyentes; de esto no cabe duda. Y lo prueba la idea que viene a ser el contenido principal de su mensaje: Señorío o Reino de Dios. Es verdad que esta expresión, en otros tiempos preñada de contenido, se ha convertido, para la mayoría de los hombres, en algo incomprendible, en una cáscara vacía, con la que no saben qué hacer. Para los hombres de entonces, el sonido de esta palabra despertaba una plétora de pensamientos, cuyas raíces se hundían en la fe en el Dios de los patriarcas y de los profetas; pensamientos que señalaban hacia el futuro. En ninguna parte oímos que Jesús aclare lo que se entiende por Reino de Dios, o que desarrolle su significado. Sus oyentes entendían lo que les anunciaba con la llegada del Reino de Dios, aunque lo podían ligar a muy diferentes expectativas. Pero antes de ocuparnos de este mensaje especial, quizá tuviéramos que reponer fuerzas y repasar nuestra fe en Dios, tal como Jesús la recibió de la tradición religiosa de su pueblo.

El encargo de Dios a los hombres.

Dios es, para Israel, el creador del cielo y de la tierra y también del Hombre, que en la visión de la biblia, es el centro y coronación de la creación entera. En la más anti-

gua de las narraciones de la creación, que ocupa ahora el segundo lugar en el libro del Génesis, se dice, en el marco de la narración del paraíso: «Jahwe, Dios, formó al hombre del polvo de la tierra y le sopló el aliento de vida. Así fue el hombre un ser vivo» (Gen. 2,7). La Biblia es, como se dice hoy, un libro de teología narrativa; es decir, lo que se quiere expresar teológicamente, se hace en forma narrativa. Cuando la tradición antigua (Yahwista) narra, en forma sencilla y metafórica el origen del hombre, está expresándose sobre la esencia del hombre. El hombre es un ser terrestre, como indica el juego de palabras en lengua hebrea (adam = hombre, tomado de adamah = tierra), ligado íntimamente a la tierra, por razón de su cuerpo, y sin embargo, lleno de una vida que le eleva, por razón de su espíritu, sobre el resto de la creación y le asemeja a Dios.

En la narración paradisiaca de la creación ocupa el hombre un lugar central y se le da el encargo de disponer sobre ella. Su posición de señorío, que le legitima para tomar a su servicio al resto de la creación, se hace visible mediante otro acto simbólico: la imposición de nombre a todos los demás seres vivos (2,19). En el más reciente de los escritos sobre la creación, que ahora ocupa el primer lugar y que corresponde a la tradición sacerdotal —creación en seis días— el hombre es creado por Dios como la última y la más perfecta de las creaturas sobre la tierra y es investido de señorío sobre ella. En el salmo 8 se lee: «¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano para que te ocupes de él?

Lo hiciste poco menos que un dios,
lo coronaste de gloria y dignidad;
le diste el mando sobre las obras de tus **manos**,
todo lo sometiste bajo sus **pies**»...

La capacidad del hombre para utilizar sus fuerzas espirituales y someter el mundo material a su servicio, queda

reconocida en el concepto de creación; y todavía más: se considera esa función como un encargo de Dios. Dios ha comunicado al hombre algo de su poder creador (creatividad) y le ha dado una tarea a realizar en el mundo, que jamás le será quitada. Tampoco Jesús, en cuyas alocuciones y parábolas se sobreentiende el mundo como creación, no quiso de ninguna manera con su mensaje del Reino de Dios, derogar este poder de regir el mundo que Dios entregó al hombre. El señorío de Dios no viene a sustituir al afán del hombre para someterse el mundo historicoterreno y apropiárselo. Aunque Jesús pronuncia su sí al Dios creador, no está contra la investigación y el progreso de la humanidad, contra el desarrollo de la vida y la alegría por la belleza de este mundo. Pero Jesús no ve sólo esta parte resplandeciente de la realidad terrena; ve también lo oscuro y enigmático que pesa sobre la humanidad.

El obrar escondido de Dios.

La humanidad tiene tras sí una historia que está llena de experiencias amargas y agobiantes; una historia hecha por hombres; una historia en la que todos los pueblos, todos los hombres están como entretreídos e íntimamente relacionados. El pequeño pueblo de Israel adquirió, con el tiempo, una conciencia histórica, que vinculó a su fe religiosa. Una de sus primeras experiencias, en la que enraiza también la fe en Yahwe, el Dios de los Patriarcas, es la opresión sufrida en la «casa de esclavitud», Egipto y su liberación de forma tan afortunada que no puede atribuirse a sus propias fuerzas. «El Señor nos sacó de Egipto con mano fuerte, con brazo extendido, con terribles portentos, con signos y prodigios, y nos trajo a este lugar y nos dio esta tierra que mana leche y miel» (Dt., 26, 8-9). En nuevas experiencias históricas, se confirma esta experiencia primigenia:

necesidad y sufrimiento, opresión y arbitrariedad, fracaso y culpa; y luego, de nuevo, ascenso, salvación y nuevo comienzo; son los caminos para un futuro mejor.

El pueblo experimenta su miseria y su impotencia, toda la cuestionabilidad y lo quebradizo de la esencia humana. Pero si el pueblo confía en Yahwe, su Dios, y le permanece fiel, no desaparece. Toda la confusión de la historia humana adquiere un sentido, cuando se ve en ella la escondida dirección de Dios. En Israel, la interpretación de la historia se hace siempre bajo este aspecto de fe, manteniéndose siempre este pensamiento: Dios, con su sabiduría y poder, convierte en bueno todo lo que los hombres han hecho de malo. Para ello no necesita intervenir directa y bruscamente en la historia; sino que El puede mover los pensamientos y los corazones de los hombres, como en el caso del rey persa Ciro, que deja volver a los israelitas desde la cautividad de Babilonia. El puede escogerse hombres y pueblos para utilizarlos como instrumentos. La fe ve a Dios operante, tanto en la creación como en la historia. Dios es su rector escondido, sin quitar a los hombres su libertad de obrar. Pero El dirige la historia, muchas veces en forma muy distinta a la que los hombres esperan. Tal fe estaba viva en Israel en tiempo de Jesús, como lo muestra el Magnificat, el canto de alabanza de María:

*«Su brazo interviene con fuerza,
desbarata los planes de los arrogantes,
derriba del trono a los poderosos y exalta
[a los humildes,
a los hambrientos los colma de bienes,
y a los ricos los despide de vacío».*

Esta fe en Dios que, en lo escondido, todo lo dirige y decide, que se escapa a los pensamientos de los hombres y se opone a los sabios y poderosos, es también para Jesús el fundamento de su mensaje de salvación. En una oración

de acción de gracias, que, según una temprana tradición, pronunció Jesús en el punto culminante de su actividad, se dice: «Bendito seas, Padre, Señor de cielo y tierra, porque, si has ocultado todas estas cosas a los sabios y entendidos, se la has revelado a la gente sencilla. Sí, Padre, bendito seas por haberte parecido eso bien». (Lc., 10, 21). En esta «exclamación de gozo», como se ha llamado a esta oración, podemos contemplar a Jesús en su interioridad y adivinar el misterio de que vivía. Se sabía unido íntimamente a Dios, al que llamaba con toda propiedad su Padre. Como resultado de esta directa relación con Dios, adquirió la incontestable certeza de su mensaje. Dios, «el Señor del cielo y de la tierra», es también el que opera en el presente y el que se revela en las obras de Jesús; pero el que se revela solamente a los hombres que contemplan la aparición de Jesús sin soberbia intelectual, sin superioridad humana, sino con la apertura del niño y con creyente diligencia para aceptar su mensaje.

Tampoco en nada de esto se contiene una renuncia al esfuerzo e investigación humanos, en las esferas asequibles al espíritu investigador; pero sí hay una advertencia al querer saber y juzgar todo lo que atañe al acontecer sobre la tierra y lo que da el último sentido a la historia... Lo que sucede en la predicación y en la actuación de Jesús y está cargado de sentido concreto para los hombres y para el futuro de la humanidad, precisamente eso, es lo más profundamente significativo de la historia humana; eso es lo que se esconde tras el giro idiomático «todas estas cosas» que Jesús usa en su «exclamación de gozo»; eso es lo que Jesús mismo ve como la esencia de su mensaje.

El significado del mensaje de Jesús.

¿Qué quiere decir, pues, el mensaje de la cercana venida del Reino de Dios? Jesús lo conecta con la predicación

del consuelo y con las promesas de bendición que los profetas dieron a Israel, en tiempos de profunda humillación y de abatimiento nacional. Parece que Jesús usó particularmente la profecía de la segunda parte del libro de Isaías, que se dirige a los exiliados en Babilonia. Este profeta (el Deuteroisías) anuncia al pueblo sojuzgado una segunda liberación, semejante a la primera que les sacó de la esclavitud de Egipto. Dios mismo, viene a liberar a su pueblo. Para ello emplea el profeta una imagen que visibilice la vuelta de los exiliados bajo la dirección de Dios.

«Una voz grita: En el desierto preparadle un camino al Señor; allanad en la estepa una calzada para nuestro Dios; que los valles se levanten, que montes y colinas se abajen, que lo torcido se enderece y lo escabroso se iguale». (Is., 40, 3-4).

Se construye un camino real, ancho y recto, para que Dios marche delante de los que vuelven. Un mensajero de alegría corre en vanguardia para anunciar a Jerusalén el gozo.

«¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del heraldo que anuncia la paz, que trae la buena nueva, que pregona la victoria!

Que dice a Sión: 'tu Dios es Rey'.

Escucha: tus vigias gritan, cantan a coro, porque ven cara a cara al Señor que vuelve a Sión». (Is., 52, 7).

Resuena aquí la expresión que para nosotros se ha convertido en frase acuñada: evangelio - mensaje de alegría; y entendemos por qué no hablamos de programa o enseñanza de Jesús, sino de su mensaje. Es un mensaje traído de parte de Dios y que anuncia algo nuevo y gozoso: El reina-

do de Dios. Dios quiere establecer definitivamente su señorío, que significa, para los hombres, liberación, paz y gozo verdadero. La visión del profeta es también una imagen y las palabras 'reinado de Dios' una expresión de época, para iluminar este pensamiento: Dios quiere introducir un cambio, romper el poder del Malo y conducir a los hombres hacia un futuro venturoso. Aquí viene al pensamiento la idea de Dios que tenía Israel.

«¿No lo sabías, no lo has oído? El Señor es un Dios eterno, que ha creado la inmensa tierra. No se cansa, ni desfallece y su pensamiento es inescrutable».

Como Dios se mantiene fiel a su creación, así también se mantiene fiel al pueblo de su alianza y a todo el género humano.

«¿Puede una madre olvidarse de su criatura, dejar de querer al hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvide, yo no te olvidaré».

(Is., 49, 15)

Jesús es consciente de ser el mensajero de la alegría, que trae a Israel el anuncio gozoso de la misericordia de Dios. Llama la atención el hecho de que algunos fragmentos que compendian, aclarando, la misión de Jesús, combinan textos de la segunda y tercera parte del libro de Isaías. Y aunque su composición proceda de la comunidad o de un evangelista, no cabe duda de que reflejan fielmente la posición de Jesús. Han sido ordenados para el lector, en determinados momentos, y en forma muy concentrada; y compendian lo que irradia del conjunto del obrar eficaz de Jesús. Lucas desea que esto quede bien claro, desde el principio de la intervención pública de Jesús, en su ciudad natal, Nazaret, aunque otros evangelistas coloquen este pasa-

je mucho más tarde. Un sábado, Jesús toma el rollo de escrituras en la Sinagoga de Nazaret y lee este texto Isaías:

«El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungió para que dé la buena noticia a los pobres. Me ha enviado para anunciar la libertad a los cautivos y la vista a los ciegos, para poner en libertad a los oprimidos, para proclamar el año de gracia del Señor». (Lc., 4, 18-19).

De la antigua fuente, que utilizan Mateo y Lucas, procede la respuesta a Juan el Bautista: Id y contad a Juan lo que habéis visto y oído:

«Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen; los muertos resucitan, a los pobres se les anuncia la buena noticia. Y, ¡dichoso el que no se escandalice de mí!».

(Lc., 7, 22-23)

Ahora se hace cada vez más claro, por qué las curaciones y hechos salvíficos de Jesús aparecen como signos del tiempo por El iniciado: en ellos se realiza algo de aquello que los profetas habían prometido para el tiempo futuro en el que Dios había de reinar. Se pone de manifiesto también, que no se trata de hechos aislados, maravillosos, sino del obrar eficaz de Jesús en su conjunto; pues se pone de relieve, con énfasis, la proclamación de la salvación a los pobres.

Hay indicios bastantes de que Jesús, su predicación y sus hechos son vistos en esta perspectiva. Dios quiere, a través de El, realizar sus intenciones salvíficas; como dice en una ocasión:

«...si Yo echo los demonios con el dedo de Dios, señal de que el reinado de Dios os ha dado alcance». (Lc., 11, 20).

Inicio del señorío de Dios en Jesús.

Así se inicia en el actuar de Jesús el señorío de Dios, un señorío interior y liberador, ya que su ley no es mandar, sino servir. Las muchedumbres acuden tumultuosamente a El; muchas de aquellas personas, seguramente, sólo esperan una ayuda exterior, pero no pocos, también, se sienten movidos e impresionados por su predicación. Quieren participar de ese Reino de Dios del que habla Jesús; el que quiere pertenecer a su más cercana compañía, tiene que estar dispuesto a separarse de su fortuna, de sus circunstancias y de su familia. Jesús no es un demagogo que quiera arrastrar a los hombres a una acción revolucionaria, con palabras bonitas y atrayentes promesas, como otros hicieron por aquel tiempo. El quiere reunir a los hombres bajo la llamada del amor de Dios e inflamarlos en el amor más extremo: éste es el incipiente señorío de Dios que Jesús anuncia.

Por lo mismo, el verdadero y pleno señorío de Dios sigue siendo una promesa. Jesús enseña a sus discípulos a orar: ¡venga tu reino! En muchas parábolas elige imágenes sobre el futuro Reino de Dios, inteligibles para sus contemporáneos: fiesta, boda, banquete, cosecha, tierra prometida, reino de paz. En forma apremiante y profética, coloca Jesús en perspectiva de futuro cercano el llegar del Reino de Dios. «Se ha cumplido el plazo, ya llega el reinado de Dios. Enmendaos y creed la buena noticia». (Mc., 1, 15). Una tensión entre consumación y promesa, subyace en su predicación del Reino de Dios; y ciertamente esta espera, orientada

hacia su objetivo final, llama a obrar, apremia a una decisión. «El que echa la mano al arado y sigue mirando atrás, no vale para el Reino de Dios». (Lc., 9, 62).

Dudas sobre el mensaje de Jesús.

A este primer momento de inflamación del pueblo, que provocó Jesús, parece siguió una segunda fase, en la que las olas del entusiasmo se derrumbaron. El círculo rector del judaísmo permaneció alejado y escéptico. Jesús no hizo nada por ganarse a los escribas; por el contrario anunciaba con inaudita libertad la voluntad de Dios tal y como El la conocía. Criticaba las muchas y pequeñas observancias que aquellos guardianes de la Ley habían prescrito, con buena intención seguramente, para preservar la Ley y construir, sobre ellas, la vida entera. Pero esto les condujo a una interpretación humana y estricta, a una pérdida de libertad y a una opresión interior, como también a la superioridad, autosuficiencia y orgullo de los piadosos observantes de la Ley.

Jesús vio esta estrechez humana y se irritó ante el desprecio en que tenían a los demás hombres, que no podían cumplir estas elevadas exigencias. En esto Jesús pensaba de forma muy distinta, como aparece en la parábola del fariseo y el publicano. El fariseo que se coloca en el templo ante Dios y se gloria: «Te doy gracias porque yo no soy como los demás hombres, los ladrones, mentirosos, adúlteros o como ese publicano»; pero no halla gracia a los ojos de Dios. El publicano, en cambio, que está en pie a la parte de atrás, reza honradamente: «¡Oh, Dios, séme propicio a mí, pecador!», alcanza la misericordia de Dios y marcha a casa justificado. Estos ataques irritaban contra Jesús a esta gente prominente y fueron creciendo, en silencio, el rechazo y la enemistad. Ellos tenían mucha influencia sobre

el pueblo y sembraron la desconfianza y la duda. No podemos continuar siguiendo los altibajos de la opinión popular al hilo de las narraciones aisladas que nos han transmitido los evangelios; pero una cosa es segura: existieron decepciones y dudas y muchos se apartaron de Jesús.

Jesús no se equivocó en su mensaje. Nosotros no sabemos siquiera en qué ocasiones contó sus «parábolas del crecimiento», que ahora están colocadas juntas, en un capítulo propio; pero parecen responder a dudas que sobrevinieron. Marcos cuenta tres de estas parábolas: la del sembrador, la de la siembra que crece por sí sola, la del grano de mostaza (Mc., 4). Todas ellas tienen algo en común: el hablar de un estadio inicial (siembra) y de un estadio final (cosecha, plenitud). Lleno de esperanza esparce el sembrador su semilla; sin embargo, mucha de ella se pierde. Muchas semillas caen sobre terreno pedregoso y hasta crecen, pero el sol naciente agosta estas jóvenes plantas, porque no tienen raíces profundas. Otras caen entre espinas, y las espinas ahogan la semilla. Pero la semilla que cae en buena tierra, produce fruto multiplicado y al final se obtiene un gran éxito.

La parábola de la siembra que crece por sí sola, describe cómo el labrador, tras la siembra, espera pacientemente, se acuesta y se levanta, día tras día. La tierra produce por sí misma el fruto y un buen día la cosecha está ya lista.

En la parábola del grano de mostaza, se planta una de las semillas más pequeñas; pero, al final, se convierte en un grandioso árbol a cuya sombra anidan los pájaros.

Estas y otras parábolas con ellas emparentadas, han conocido justificadamente, diferentes interpretaciones. Pero si se las relaciona con el obrar de Jesús y con su predicación del Reino de Dios, llegamos al convencimiento de que en ellas Jesús visibiliza el comienzo escondido del Reinado de Dios y el esperado Reino de Dios escatológico; llegará a

plenitud, a pesar de toda clase de resistencias, de su inminente falta de verosimilitud y de su aparente inutilidad. Cada parábola pone el acento en algún punto distinto: la fatiga del sembrador no queda frustrada, debido a la rica aportación de la semilla que cae sobre buena tierra. El labrador puede esperar confiado porque sabe que el fruto sale de la fuerza escondida de la tierra; el Reino de Dios sale del poder de Dios. Cuanto más pequeño sea el principio, tanto más grande será el final. En todo caso, el énfasis recae siempre sobre este final esperado: el abundante fruto, la gozosa cosecha, incluso la hierba que después tendrá que ser echada fuera, todo ello representa, en forma sensorial, el Reino de Dios cósmico. Aquí nos interesa, tan sólo, la confianza y la incommovible certeza que Jesús anuncia en estas parábolas. ¿No es Él el sembrador que ha puesto el cimiento y que está cierto del gozoso final? Sí, pero un sembrador humilde, que atribuye a otro toda la fuerza del crecimiento y toda la gloria de la plenitud: a Dios del que todo procede y que todo lo lleva a plenitud.

¿Cuándo viene el Reino de Dios?

Jesús rechazó las dudas de sus contemporáneos, no sólo en las parábolas del crecimiento. Hay determinadas preguntas «apocalípticas», que afectaban a los hombres de entonces: ¿Cuándo viene el Reino de Dios? ¿Quién participará en él? ¿Son muchos los que se salvan? Pero, para Jesús este querer fundamentar el futuro, calcularlo, atisbarlo, es una curiosidad indiscreta del hombre; Dios marcha por sus propios caminos y a nosotros nos ha sido encomendado el cumplir con la llamada de esta hora. Este mismo sentido tiene en Lucas, la introducción a las citadas parábolas. Cuando los fariseos preguntan a Jesús: ¿cuándo viene el Reino

de Dios?, contesta: no llega bajo «observación»; con lo que se rechaza probablemente la exigencia de precalcular, por determinados signos, el tiempo final de este mundo. Se esperaban apariciones extraordinarias en el cielo y en la tierra, cosas amenazadoras, que como señales ígneas debían llamar la atención sobre el fin de los días. Estos signos oraculares, son algo distinto a los signos del tiempo de los que hemos hablado en la primera meditación. Sin embargo, los hombres tienden constantemente a echar una mirada tras el telón del futuro. Los círculos cristianos primitivos parece que también se inclinaron hacia los cálculos sobre el final, como deja adivinar la actual configuración de las grandes alocuciones sobre el final de los tiempos en los evangelios sinópticos. Pero los evangelistas resistieron tal tentación y depertaron, en las comunidades, según el Espíritu de Jesús, únicamente la vigilancia y la apertura. «Vosotros no sabéis cuando llega el Señor» (Mc., 13, 35), pues «cuando menos lo penséis llega el Hijo del Hombre» (Lc., 12, 40).

Quando hoy mucha gente pretende descubrir en las visiones del Apocalipsis de S. Juan, ricas en imágenes, fenómenos y procesos de nuestro tiempo y pretenden referirlas a acontecimientos terrenos que deben ser esperados, quiere decir que no han entendido el objetivo de este gran libro del consuelo y de la advertencia, escrito a fines del primer siglo. Esta escritura profética, que se sirve de las formas estilísticas y de las descripciones corrientes en aquel entonces, quiere tan sólo conducir a los cristianos angustiados de Asia Menor, a una posición que corresponda a la palabra y Espíritu de Jesús. Les quiere hacer capaces de resistir el agobio del presente, creyendo en la venida de su Señor y confiando en la victoria final de Dios. En tal apuro vale el probar «la fortaleza y la fe de los Santos» (Ap., 13, 10).

Una realidad ya iniciada.

Cuando el Reino de Dios venga, no se podrá decir: «aquí está» o «allí está». El futuro Reino de Dios no es, en absoluto, una categoría de la realidad historicoterrena. Espacio y tiempo han perdido su significado y la historia ha alcanzado su fin. En esta delimitación negativa de las representaciones humanas, está contenida, claramente, la declaración de que ese Reino de plenitud no es ni disponible ni imaginable para los hombres. Es la consumación de la creación realizada por Dios después de toda la historia humana; es la Historia de la Humanidad, llevada por El a una conclusión llena de sentido; es una nueva creación en la que la humanidad redimida encuentra su gozo definitivo (v. Ap., 21).

En las palabras de Jesús se contiene una clara llamada a soñar con esto y a peregrinar hacia ello con ardiente deseo.

El horizonte actual de esta advertencia se hace todavía más apremiante. Si huyéramos hacia un futuro metahistórico, no tendríamos ante los ojos las cuitas del presente, y nos sacudiríamos, fácilmente, las tareas que se nos imponen en nuestro tiempo. Entonces tendrían razón quienes desprecian el cristianismo, reprochándonos que huímos hacia otro mundo y contemplamos un futuro irreal por incapacidad de cambiar la situación de este mundo. No es ésta, en absoluto, la intención de Jesús. Sin dejar surgir la más pequeña duda sobre aquel futuro, que Dios establecerá después del futuro hecho por los hombres, nos llama precisamente, con este mensaje, a obrar en el presente. Se habla hoy gustosamente de la «utopía real», es decir, de una imagen de futuro utópica, que sin embargo, se relaciona con la realidad presente, y aún es necesaria para cambiar esta realidad.

No queremos rechazar este pensamiento, aunque germinado en el terreno de otra concepción del mundo, si ayuda

a comprender mejor la visión de futuro de Jesús. Con todo, no da en el clavo del núcleo del mensaje de Jesús, porque para El el Reino de Dios no es sólo una idea de futuro inserta o actuante en el presente, sino una realidad incipiente, ya ahora. La respuesta positiva de Jesús es: «pues ved, el Reino de Dios está entre vosotros». La pequeña frasecilla ha experimentado diversos significados, pero parece debe significar según el contexto: caso de venir el Reino de Dios estará en medio de vosotros de repente. Esta interpretación parece estar confirmada por otra frase que, en Lucas, viene a continuación: «porque al igual que el fulgor del relámpago brilla, de un extremo a otro del horizonte, así ocurrirá con el Hijo del Hombre en su día» (Lc., 17, 24). Se trata, pues, de que la parusía de Cristo será imprevisible; esto cambia, a su vez, la base de la pregunta. Si nuestra frasecilla responde a la pregunta, cuándo llega el Reino de Dios, tiene que estar en relación con el presente: el Reino de Dios está ya entre vosotros. Jesús contrapone a la imposibilidad de hablar del futuro «ved aquí, ved allá», la advertencia al presente del Reino de Dios. El hecho de que ya está presente y la forma en que lo está, hace imposible calcular su aparición futura.

Pero, ¿qué significa en medio de entre vosotros? La expresión griega ha llevado también a distintas interpretaciones. La más influyente fue «dentro de vosotros»; entonces el Reino de Dios sería una fuerza eficaz en los hombres. Se podría pensar en la gracia o el espíritu de Dios, que impulsan el corazón del hombre hacia el bien. Pero la expresión Reino de Dios, no se emplea, en este sentido, en ninguna otra parte, y resulta dudoso el convertir el Reino de Dios en una categoría interior al alma. Jesús lo entendió de otra manera.

Ante todo, la traducción «en vuestro interior» no corresponde al contenido de la versión griega; para eso hubieran

utilizado otro vocablo. Se tiene que traducir por «entre vosotros». La preposición aquí empleada, como una exacta comparación ha demostrado, tiene un significado especial, que es muy de considerar. Contiene una llamada a los oyentes: El Reino de Dios está en vuestra esfera, está al alcance de la mano, de tal manera que se puede alcanzar con la mano y proceder en consecuencia.

Llamada a la decisión.

Este pensamiento está muy unido al mensaje de Jesús. Dios se ha puesto ya a la obra, los signos de su obrar son reconocibles y exhortan a la decisión. En la predicación y en el actuar de Jesús, penetra el Señorío de Dios en la esfera de los hombres, curando y salvando, pero también llamando a la conversión y exigiendo. Jesús es tan consciente de esto que quiere desviar a los hombres de todas las preguntas tontas sobre el futuro y se las reencauza hacia este acontecer presente. De forma análoga contesta a la pregunta: «Señor, ¿serán pocos los que se salven?», con un fuerte requerimiento: «forcejead para abriros paso por la puerta estrecha» (Lc., 13, 23-24). Jesús contrapone a los sueños apocalípticos y a las preguntas inútiles, la llamada de la Hora, pero desde la certeza de que el futuro pertenece a Dios.

La mayoría de los hombres de entonces no siguieron la apremiante llamada de Jesús. Muchos se apartaron también al sentir defraudadas sus esperanzas politicoterrenas. Cuando Jesús notó el alejamiento progresivo del pueblo y la creciente enemistad de sus adversarios, no se desvió por ello de su mensaje. En el cenáculo pronuncia, para sus discípulos, una frase que proclama su certeza de la llegada del Reino de Dios, más allá de la muerte: «Os aseguro que

ya no beberé más del fruto de la vid hasta el día aquel en que lo beba, pero nuevo, en el Reino de Dios» (Mc., 14, 25). Dios conoce caminos distintos que los hombres apenas advinan. Jesús marcha a la muerte, pero de ella surge una nueva esperanza. Sus discípulos le experimentan como el Resucitado, como el testigo y garante del mundo de Dios que llega.

El Crucificado y Resucitado habla con más fuerza que lo que pudo hacerlo el Jesús terrestre. Por su fe en El, la Iglesia, en su camino a través de la historia humana, lleva consigo la esperanza por El encendida, que es indestructible.

3. Firmes en la tribulación. Pablo habla sobre nuestra esperanza

Rom., 5, 2-5: «...estamos orgullosos con la esperanza de alcanzar el esplendor de Dios.

Más aún: estamos orgullosos, también, de las dificultades, sabiendo que la dificultad produce entereza; la entereza, calidad; la calidad, esperanza; y esa esperanza no defrauda, porque el amor que Dios nos tiene inunda nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha dado».

Hablar de esperanza en días buenos, no es difícil. Pero la esperanza se ha de probar, ante todo, en la necesidad y tribulación, cuando el camino hacia el futuro está obstruido, cuando amenaza la caída o reveses graves nos han tirado por los suelos. Bastantes documentos del cristianismo naciente hablan desde esta experiencia. Por todas partes se mantiene una esperanza madura como posición cristiana fundamental en este mundo; es la esperanza fundada en el Jesús terrestre y fortalecida por su resurrección.

Pero, en ninguna otra parte, esta esperanza es tan percibible y creíble como en las cartas del apóstol Pablo, quien

experimentó, como ninguno, multitud de necesidades y vicisitudes, reveses y decepciones en sus comunidades y, sin embargo, se convirtió en pregonero de una esperanza invencible, superadora de toda vacilación. La esperanza en la redención definitiva, en la unión con su Señor, en su propia resurrección, por virtud del poder del Espíritu ya operante y que procede de Cristo resucitado, le mantuvo a flote, por encima de toda privación y dolor, «luchas de fuera, angustias de dentro» (2 Cor., 7, 5).

«Pues estoy convencido de que los sufrimientos del tiempo presente son cosa de nada comparados con la gloria que va a revelarse, reflejada en nosotros» (Rom., 8, 18).

«Por esta razón no nos acobardamos; no; aunque nuestro exterior va decayendo, lo interior se renueva de día en día; porque nuestras penalidades momentáneas y ligeras nos producen una riqueza eterna, una gloria que las sobrepasa desmesuradamente» (2 Cor., 4, 16-17).

Desesperanza y fuerza de la esperanza cristiana.

La inmensa fuerza de tal esperanza, que se revela en la debilidad humana, puede ser comprendida, sólo si se la compara con el balance triste de la desesperanza reinante en nuestros días. Según estadísticas de los últimos años, se aproximan, cada vez más, las curvas de los muertos por accidente de tráfico y de los suicidas. Sí, mientras el número de los muertos involuntarios desciente, aumenta la de los voluntarios. Dejando aparte las cifras oficiosas de los intentos de suicidio, fueron en un año más de 13.000 hombres, entre ellos muchos jóvenes, los que pusieron fin a su vida. Entre las causas de la muerte de jóvenes de 15 a 20 años, ocupaba el suicidio el segundo lugar. También es conocido

que entre ellos había muchos hombres a los que la vida ofrecía todo lo que un hombre puede desear; pero no veían sentido alguno a su existencia. Una muchacha de 17 años, Birthe (Glostrup, Suecia), decía: «Yo soy nihilista. Yo no creo en nada. La vida es una cadena de días sin sentido. Muchos días me siento y lloro. ¿Por qué? No lo sé yo tampoco. He experimentado todo y todo me resulta insípido».

La esperanza pertenece a lo específicamente cristiano. Se fundamenta en la fe que esclarece el sentido de la vida, el enigma del mundo y la oscuridad de la historia; y da fortaleza, mediante el amor, que se recibe y se vuelve a regalar, y sin el cual toda realización carecería de sentido. La esperanza es la fuerza que nos soporta en este peregrinar de la vida, la virtud característica de nuestra existencia terrena caduca. Fe, caridad y esperanza están íntimamente entrelazadas. Pablo califica una vez a la caridad como la más elevada de esas tres virtudes (1 Cor., 13, 13); pero cuando se trata de la realización de la existencia cristiana en este mundo y de la solución de las dificultades, recibe la esperanza el puesto principal. Desde el punto de vista de nuestro estar situados en el mundo, el orden lógico sería: fe, caridad, esperanza. La fe tiene que estar operante en el amor (Gal., 6, 6); de ahí surge la esperanza de alcanzar la salvación plena (Gal., 5, 5).

El Apóstol recuerda agradecido a los tesalonicenses, que hayan demostrado su fe, en el obrar; su amor, en el afán; y su esperanza, en la paciencia (1 Tes., 1, 3). Exhorta a los romanos al amor fraterno y a que tengan aprecio al deseo de oración: «Que el Dios de la esperanza colme vuestra fe de alegría y de paz, para con la fuerza del Espíritu Santo desbordéis de esperanza» (Rom., 15, 13).

Pero, dirijámonos ahora al fragmento de la carta a los Romanos, en el que Pablo trata sistemáticamente la esperanza (5, 1-11). Antes ha expuesto que gentiles y judíos están presos por el pecado y la culpa, y sometidos al juicio

de Dios. Sólo Jesucristo nos ha librado de ello, ya que reconcilió la humanidad con Dios. El Apóstol continúa luego: «Según lo dicho, rehabilitados ahora por la fe, estamos en paz con Dios por obra de nuestro Señor Jesús Mesías, pues por El tuvimos entrada a esta situación de gracia en que nos encontramos, y estamos orgullosos con la esperanza de alcanzar el esplendor de Dios (5, 1 ss.). Con esto pudiera estar todo dicho: ahora tenemos paz, y un día, así lo esperamos, alcanzaremos la plenitud de salvación, gozo y bienaventuranza en Dios.

Pablo utiliza la expresión «gloria», que tiene en la Biblia un matiz elevado, pero que para el hombre de hoy casi es ininteligible. Quiere significar la participación imperturbable en la vida de Dios, con todo su esplendor, su belleza y alegría. Pablo dirá algo más sobre esto, en el capítulo octavo; pero es significativo el que no se ponga, en seguida, a describir el contenido de la esperanza, sino que ocupa tres largos capítulos con las tenebrosidades y dificultades de la vida terrena. Contempla los agobios, el dolor y la oscuridad, sin una visión soñadora o quimérica hacia el futuro. Contempla bajo su mirada, este mundo de realidades duras y se atreve, a pesar de todo, a tener esperanza. No es un triunfal, sino un humilde y agradecido gloriarse, porque sabe que sólo por Jesucristo hemos alcanzado la paz con Dios y la esperanza en la Gloria de Dios.

Acreditarse en la tribulación.

Pablo dirige, casi involuntariamente, su mirada desde la gloria esperada hacia los padecimientos presentes que hay que superar. El permanecer firmes en los agobios terrenos vale más que el enorgullecerse por la gloria futura. Por eso continúa: «Estamos orgullosos de las dificultades presentes, sabiendo que la dificultad produce paciencia».

Los padecimientos y necesidades de este mundo tienen también su sentido. Sólo a través de ellos, desarrolla la esperanza toda su fuerza. Con una concatenación lógica, concisa y llena de efecto, conduce la línea de sus pensamientos hasta la esperanza: «la paciencia produce crédito, el crédito esperanza». Mediante este soportar las tribulaciones y vicisitudes terrenas la esperanza, abierta por Dios, se convierte en posesión personal. Quien acepta y soporta las contrariedades y ataques, porque sabe que todavía no está en la consumación de la esperanza, sino en el camino de la prueba y del acrisolamiento, aprende paciencia, firmeza, perseverancia. La expresión griega paciencia dice mucho más que nuestro correspondiente vocablo. Significa la potencia de aguantar, el estar y permanecer firmes, es decir, no una posición pasiva, sino un resistir valiente.

Esta paciencia es la que produce credibilidad, una experiencia creciente de que se pueden resistir pruebas y cargas. El creyente que no se extravía en su creer y esperar, sea cual sea el tipo de vicisitudes por las que pase, reúne experiencias, que le fortalecen y confirman en su posición. La esperanza crece con la resistencia que se le opone: la credibilidad produce esperanza, es decir, ella llena la esperanza dada por Dios y derivada de la fe, con nueva fuerza y certeza. No hay duda de que desde esas frases, de expresión tan parca, nos habla la rica experiencia de un hombre que tuvo que acreditar su fe existencialmente. Para él tener esperanza es un «a pesar de todo», pero «un a pesar de todo» que tiene su fundamento en el amor de Dios experimentado. Pablo está muy lejos de atribuirse a sí mismo el mérito de su fortaleza y de su esperanza inquebrantables. El sabe que toda su esperanza se asienta en lo que Dios ha realizado en Cristo. Se apoya en el amor que El nos demostró, cuando todavía éramos pecadores (v. 8). «Porque si, cuando éramos enemigos, la muerte de su Hijo nos reconcilió con Dios, mucho más, una vez reconciliados,

nos salvará su vida» (v. 10). Pero Pablo sabe que este amor de Dios está profundamente cimentado en su corazón y que ese amor es el fundamento verdadero de su esperanza inquebrantable: «y esa esperanza no defrauda, porque el amor que Dios nos tiene, inunda nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha dado» (v. 5).

Por ello, habla Pablo del Dios de la esperanza; sin El, cae su esperanza. Como Jesús no esperaba el Reino de Dios, de la inteligencia y habilidad humanas, sino del poder y sabiduría de Dios, así Pablo pone toda su confianza en Dios, en medio de su experiencia de angustia y necesidad. Pero la esperanza ha adquirido ahora una nueva perspectiva: alcanza, a través de la muerte y resurrección de Jesús, una visión más clara sobre la plenitud futura. La inmediatez con Dios su Padre, da a Jesús la incommovible certeza de que la Gloria de Dios ya perceptible ahora se impondrá contra toda clase de resistencias. Pablo ve en la resurrección del crucificado, no sólo la confirmación del pensamiento de Jesús sobre Dios; es, además, el hecho decisivo de Dios, que garantiza el futuro y le hace emerger a la claridad de la luz. Cristo resucitado mismo, es el garante del mundo de Dios por venir. Cristo «fue crucificado por su debilidad, pero vive ahora por la fuerza de Dios» (2 Cor., 13, 4), y este Cristo vivo es «el primogénito de entre muchos hermanos» (Rom., 8, 29).

Pablo comprende, a la vista de este Cristo crucificado y resucitado, que él tiene que soportar también, en la tierra, los padecimientos y agobios de muerte de su Señor, para participar, un día, de su vida. «Es decir, que a nosotros que tenemos la vida, continuamente nos entregan a la muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se transparente en nuestra carne mortal» (2 Cor., 4, 11). Las estrecheces y padecimientos que como Apóstol de Jesucristo tiene que soportar, se convierten para él en el sello de su

pertenencia a Cristo, en signo de que su esperanza también se verá cumplida.

«Quiero así tomar conciencia de la persona de Cristo, de la potencia de su resurrección y de la solidaridad con sus sufrimientos, reproduciendo en mí su muerte, para ver de alcanzar como sea la resurrección de entre los muertos» (Fil., 3, 10).

¿Huída de las alegrías terrenas?

Quizá nos parezca exagerada esta apasionada afirmación de las calamidades y padecimientos que hay que pasar por causa de Cristo. ¿No conduce esto a una búsqueda del dolor y a una huída de las alegrías terrenas, que es antinatural y malsana? ¿No se niega con ello la creación, con toda su belleza y las cosas satisfactorias que ofrece a los hombres? ¿No le es lícito al cristiano alegrarse en este mundo?

No se entendería a Pablo si se sacaran tales conclusiones de estas citas de sus cartas. Se puede descubrir, en una lectura atenta de sus cartas cuán inclinado era a la alegría, qué cordialmente se podía alegrar y cómo quería comunicar, incansablemente, la alegría. Ciertamente le importa, ante todo, la alegría interior como fruto del Espíritu Santo. «El reinado de Dios no consiste en comer y beber, él es justicia, paz y alegría en el Espíritu Santo» (Rom.14,17).

Pero, ciertamente, las experiencias llenas de dolor, predominan en la vida dura de este misionero y luchador de Cristo. La propia experiencia le obliga a reflexionar sobre el sentido de los sufrimientos que todavía acompañan la marcha del mundo y angustian la vida del hombre, pese a su evangelio de reconciliación y de paz, de libertad y de alegría. Pablo sabe que esta carga de sufrimientos, que ha sobrellevado

él como Apóstol de Cristo, no le ha sido impuesta a todo cristiano. Pero uniéndose a los sufrimientos de su Señor, rinde a los demás un gran servicio: muestra que las tribulaciones y sufrimientos pertenecen también a este mundo y que no es lícito rechazarlos de la consciencia. Tienen que ser vencidos, aceptándoles y conociendo su sentido. Y Pablo lo enseña no sólo con palabras, sino con el ejemplo de su propia persona. En Corinto había quiméricos, que por que tenían el Espíritu, se creían ya perfectos y se enorgullecían de su fortaleza. Pablo escribe para ellos: «Ya estáis asociados, ya sois ricos, habéis alcanzado, sin nosotros, el Reinado...». Luego pone ante sus ojos la vida miserable de los Apóstoles: «¡Ojalá fuera verdad! Así podríamos asociarnos a vosotros; pues, por lo que veo, a nosotros los Apóstoles, nos designa Dios el último puesto, como a condenados a muerte, ofreciéndonos como espectáculo al mundo entero, lo mismo a ángeles que a hombres.

Nosotros, unos locos por Cristo; vosotros, ¡qué cristianos tan sensatos!; nosotros débiles, vosotros fuertes; vosotros célebres, nosotros despreciados; hasta el momento presente no hemos parado de pasar hambre, sed, frío y malos tratos; no tenemos domicilio fijo, nos agotamos trabajando con nuestras propias manos; nos insultan y les deseamos el bien; nos persiguen y aguantamos; nos difaman y respondemos con buenos modos; se diría que somos basura del mundo, desecho de la humanidad, y eso hasta el día de hoy» (1Cor.4,8-12). La ironía, con la que Pablo quiere despertar a esos cristianos, es inaudita; y sin embargo, hay tras ella una profunda seriedad. Esos cristianos olvidan que pertenece a la existencia cristiana, precisamente el seguimiento en el padecer; que no nos está permitido retirarnos de este mundo y de sus agobios. Mientras dure este mundo el dolor y los padecimientos son inevitables; tenemos que aceptarlos por causa de Cristo, como Cristo los aceptó por nosotros.

Vinculación a los otros..

Aceptación del propio dolor significa, también, solidaridad con la humanidad doliente. Tras la superación de una situación extrema, que llevó a Pablo hasta el borde de la muerte, escribe a los corintios: «¡Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor, Jesús Mesías, Padre cariñoso y Dios que es todo consuelo! El nos alienta en todas nuestras dificultades, para que podamos nosotros alentar a los demás en cualquier dificultad, con el ánimo que nosotros recibimos de Dios; pues si los sufrimientos del Mesías rebosan sobre nosotros, gracias al Mesías rebosa en la misma proporción nuestro ánimo. Si pasamos dificultades es para vuestro aliento y vuestro bien; si cobramos aliento es para que vosotros cobréis ese aliento, que se traduce en soportar los mismos sufrimientos que padecemos nosotros. Nos dais motivos de esperanza, pues sabemos que si sois compañeros en el sufrir, también lo sois en el ánimo» (2Cor.1,3-7). La experiencia del sufrimiento ha enseñado al Apóstol a entenderse mucho más a sí mismo como hombre, y a entender a los demás hombres en sus necesidades. Sobre sí mismo, confiesa sinceramente: «Me vi abrumado tan por encima de mis fuerzas, que perdí toda esperanza de vivir»; sin embargo continúa luego: «Sí, en mi interior dí por descontada la sentencia de muerte; así aprendí a no confiar en mí mismo, sino en Dios que resucita a los muertos. El me salvó y me salvará de tan tremendos peligros de muerte; en El está nuestra esperanza y nos salvará en adelante» (1,8-10). Pablo piensa en las necesidades de otros hombres y exige a continuación: «consolad a todos los que están en necesidad, con el consuelo con el que nosotros somos también consolados por Dios».

Cualquiera que fuere esta apretura de muerte en la que se vio Pablo en Asia Menor —algunos investigadores piensan en una enfermedad grave, otros en una persecución y apuros

externos— los pensamientos que de ella surgen, permiten una visión profunda de su posición cristiana y humana. Estas frases, tras las que tremola todavía la vivencia inmediata, confirman que tras la concisa formulación de Rom. 5: «Tribulación engendra paciencia, paciencia credibilidad, credibilidad esperanza», late la experiencia personal del Apóstol. La oración pertenece también a este círculo de experiencia: La oración de petición en la necesidad y la de acción de gracias tras el salvamento. Para en adelante tener protección, exhorta Pablo a los corintios: «cooperad también vosotros pidiendo por mí; así, viniendo de muchos el favor que Dios me haga, muchos le darán gracias por causa mía» (1,11). No es mera retórica cuando Pablo, en otro lugar, grita a los romanos: «Sed alegres en la esperanza, pacientes en la tribulación, constantes en la oración» (Rom., 12, 12).

Una existencia llena de tensión.

Pablo —que como cristiano vincula enteramente su vida a Jesucristo, crucificado y resucitado, y que como hombre permanece preso de la realidad terrena—, vive en una tensión continua e insoslayable. Su fe en que ha alcanzado, en Jesucristo, justicia y paz, verdadera libertad y alegría, choca continuamente con las duras realidades de este mundo. La esperanza en la salvación última y definitiva, que brota de la fe, queda expuesta a dura prueba ante los ataques y ante las necesidades de la creación todavía no solucionadas. Pero precisamente en este luchar, lleno de tensiones, por alcanzar una comprensión cristiana del mundo y un comportamiento cristiano en el mundo, atraerá Pablo a muchos hombres de hoy. ¿No tiene el mundo, que tenemos a nuestro alcance y que experimentamos, algo enigmático y contradictorio? Un mundo maravilloso que nos descubre continuamente nuevas bellezas fuerzas escondidas y riquezas casi inagotables, y, sin embar-

go, un mundo en el que hay dolor y destrucción, padecimiento de la creatura, enfermedad y muerte.

Y en este mundo está el hombre, esta orgullosa y señorial creatura, adornada de una elevada fuerza espiritual, dotada para el cultivo de su espacio vital y capaz de realizar buenas obras en la sociedad humana. Y, sin embargo, ahí está también, con su miseria, con sus necesidades psíquicas y somáticas, sufriendo conscientemente todo tipo de cargas, además inclinado en forma inconcebible al mal, que le precipita a sí mismo y a los demás a la desgracia. Han desaparecido definitivamente los tiempos en que los hombres se sentían arrojados por el orden de la naturaleza y por las estructuraciones sociales, si alguna vez existieron esas cosas. Preocupaciones por el futuro y angustia existencial han asaltado a muchos hombres. Ellos entenderán a Pablo, que sufre bajo la oscuridad y bajo los agobios del mundo y es atacado por la baja y maldad de los hombres. Con todo no siempre les será comprensible su lenguaje y su forma de pensar, acuñados en otros tiempos.

Pablo ha representado como poderes peligrosos y destructivos, todas aquellas cosas aplastantes y amenazadoras, que ensombrecen la vida humana e impiden a los hombres la verdadera plenitud de su ser humano. En Rom. 6-8, capítulos que siguen al que trata sobre la esperanza, cita Pablo distintos «poderes malignos» que actúan juntos, para la pérdida de los hombres. Para los cristianos estos poderes están ya vencidos por la redención de Jesucristo, pero los siguen encontrando en el mundo y están expuestos a su ataque. Esto vale especialmente para el poder del pecado, que esclaviza interiormente a los hombres, los reduce a prisión y los entrega a la muerte; a aquella muerte última, que consiste en el juicio de Dios sobre una vida culpable y equivocada, un fin aniquilador. El cristiano ha sido liberado del poder del pecado y no debe someterse más a él. (Rom., 6).

Pablo se ocupa también de la Ley que conduce a la esclavitud, al pecado y la muerte; y finalmente se ocupa, también de la misma muerte como el más propio de los poderes malignos. Este pensar original de Pablo («poderes») nos crea dificultades y, sin embargo, quisiéramos nos fuera posible sentir con él su profundo estremecimiento ante los poderes de este mundo que anidan en el corazón del hombre.

«¡Desgraciado de mí! ¿Quién me libraré de este ser mío, instrumento de muerte? Pero, ¡cuántas gracias le doy a Dios, por Jesús, Mesías, Señor nuestro!... En consecuencia, ahora no pesa condena alguna sobre los del Mesías Jesús, pues, mediante el Mesías Jesús, el régimen del espíritu de la vida, te ha librado del régimen del pecado y de la muerte». (Rom., 7,24-8,2).

Dejarse conducir por el Espíritu.

Ante lo quebradizo de la esencia humana y la caducidad de lo terreno, irrumpe la esperanza de Pablo, como el rayo de sol a través de una nube oscura. El destino mortal del hombre, que le angustia en lo más profundo de su ser, pierde para él su terror, por la esperanza en la resurrección. «Y si el Espíritu del que resucitó a Jesús habita en vosotros, el mismo que resucitó al Mesías dará vida también a vuestro ser mortal, por medio de ese Espíritu suyo que habita en vosotros». (8, 11). Pero el espíritu divino de vida, que nos ha sido regalado, no nos ahorra la fatiga del esfuerzo moral. «Si vivís de ese modo, vais a la muerte, y, al contrario, si con el espíritu, dais muerte a las bajas acciones, viviréis» (8, 13). Lo que Pablo llama carne no es el cuerpo con sus necesidades materiales, sino el hombre con sus malas inclinaciones. Quien cede ante ellas y las hace norma de su conducta, va al encuentro de la muerte, que

significa no sólo el fin de la vida física, sino, además, el errar el objetivo propio de la vida y su ocaso total y definitivo.

Pero llevamos en nosotros otro principio vital, que Pablo llama «espíritu»; este Espíritu de Dios, nos ha sido concedido y nos ha inundado por nuestra vinculación con Cristo, el resucitado viviente. «El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado». Quien se rige por el Espíritu y mata los «hechos pecaminosos del cuerpo», vivirá. Resucitará a aquella vida, en la que el amor que ha recibido y sembrado, encuentre su máximo cumplimiento. La esperanza de un pervivir en Dios, o mejor: la perfección de la vida humana en Dios, la plenitud de vida, está, para Pablo, fundamentada en la resurrección del crucificado.

Lo que hoy llamamos condición transcendental del hombre, ese tender del hombre hacia el cumplimiento definitivo de su sentido, que no se lo puede dar la existencia terrena, está, para Pablo, como para Jesús, claro y forma el presupuesto de su mensaje de esperanza: «Si la esperanza que tenemos en el Mesías es sólo para esta vida, somos los más desgraciados de los hombres» (1 Cor., 14, 19). Es la misma concepción que proclama Jesús: «¿De qué sirve al hombre ganar el mundo si con ello pierde su vida?» (Mc., 8, 38); o sea: si el hombre yerra el objetivo de su vida, pierde la vida propiamente dicha, que le conduce a Dios. Quizá nos sea más fácil a nosotros, hombres de hoy, entender esta vida, si la entendemos con Pablo, como una vida llena del amor de Dios, vida que nos despierta al amor; un amor que exige un cumplimiento siempre mayor y permanente.

La magnitud de la esperanza.

La advertencia de Pablo de vivir según la norma y el impulso del Espíritu, conduce al gran fragmento en el que re-

torna y desarrolla, más ampliamente, el tema de la esperanza. Su punto de partida es lo que ya nos ha sido regalado en Cristo, para concluir en lo que todavía hemos de esperar. El espíritu divino en nosotros, nos atestigua, que somos hijos de Dios; pero si hijos, también herederos, herederos de Dios y coherederos de Cristo (8, 16). La experiencia actual de la adopción de Dios, que significa, ya ahora, liberación de la angustia y del miedo, ya que, llenos de confianza llamamos a Dios, Padre, nos hace adivinar lo que significará la plena filiación divina, que ha de revelarse en nosotros. Pues, entonces, seremos liberados de nuestra esclavitud de la caducidad, de los sufrimientos de este tiempo, de nuestra debilidad y vulnerabilidad y de nuestra entrega a la muerte. Hemos recibido solamente las primicias del Espíritu y nos es lícito esperar su plenitud y gloria.

Tampoco Pablo puede describir en forma concreta el gozo y la bienaventuranza de nuestra redención plena; aquí fracasa el lenguaje humano que permanece ligado al mundo de nuestra experiencia históricoterrestre. Pablo es consciente de ello cuando escribe: «Pues, con esta esperanza nos salvaron. Ahora bien, esperanza de lo que se ve ya no es esperanza; ¿quién espera lo que ya ve? En cambio, si esperamos algo que no vemos, necesitamos constancia para aguardar». (Rom., 8, 24-25). Pablo se siente de nuevo conducido a la «paciencia», al aguardar constante. La tensión es insoslayable: desde las vicisitudes del presente vaga la mirada hacia un futuro, cierto para la fe, que traerá la última liberación, el gozo inempañable, el amor sin fin. Pero, aunque el cristiano quiere afianzar su pensamiento en este futuro y encontrar en él consuelo, se siente llamado continuamente al presente, no sólo por la dureza de la realidad, sino también por las características de su esperanza, que exigen de él constancia y capacidad de fe en este tiempo presente.

La redención de la creación.

Estas frases, en las que oímos hablar a una intensa reflexión sobre la existencia cristiana, refutan el reproche de que la esperanza cristiana incite a la huida de la realidad terrena. Los cristianos que realicen esta retirada, no han entendido bien el mensaje de la fe. Esto vale también para la piedad individualista, estrecha, ligada al propio yo. Pablo piensa en lejanía cósmica, como nos descubre precisamente este texto de Rom., 8. Pues en su visión de la «gloria futura que se ha de revelar en nosotros, involucra también al resto de la creación. «Porque, aún sometida al fracaso (no por su gusto, sino por aquel que la sometió), esta misma humanidad abriga una esperanza: que se verá liberada de la esclavitud a la decadencia, para alcanzar la libertad y la gloria de los hijos de Dios» (v. 20-21). El lenguaje y las formas de expresión de estos versos nos suenan raras y extrañas.

Más adelante, habla, incluso, de que la creación «suspira con nosotros» y «yace con nosotros en dolores de parto» (v. 22). Son expresiones e imágenes similares a las de la apocalipsis judía; se habla de la creación en forma humana; es una consideración antropocéntrica del mundo. Es difícil determinar el exacto sentido de cada uno de los giros, que con razón admiten varias interpretaciones. Pero la íntima relación de la creación con el hombre y la involucración del hombre en el cosmos, llaman la atención sobre un punto importante y esencial: a Pablo le interesa el futuro de la humanidad, su última esperanza, la que recibió juntamente con el resto de la creación. Vida e historia humanas no se perfeccionan separadas del mundo que rodea al hombre. Quizá podamos entender nosotros esto, mejor que nuestros antepasados, en una época de polución del medio ambiente, de mal uso de los tesoros naturales, de cambio apreciable de

nuestro espacio vital. Lo que aquí nos interesa es la clase de visión cósmica que tiene el Apóstol. Su intención no es decirnos nada sobre el destino futuro del cosmos: si sobrevendrá una catástrofe cósmica o si persistirá el mundo en otra forma distinta. El ve el destino de la humanidad entrelazado con el del mundo, que es su espacio vital, y tiene, también para este mundo, una esperanza. En una interpretación global de la historia humana, alcanza su mirada desde el principio de la creación hasta su consumación. No se pueden separar creación y redención.

Arropados en el amor de Dios.

Los escépticos de hoy, preguntarán de nuevo, qué utilidad tiene una consideración religiosa del mundo para los problemas del futuro de la humanidad que están ante nosotros. Pero mientras la historia esté hecha por hombres, corresponde a la confianza del hombre el creer que por encima de las nubes oscuras hay un cielo claro; que se pueda reconocer, tras todos los posibles desarrollos de la historia, un sentido; que a pesar de todas las experiencias angustiosas, no amenaza al final el simple ocaso. Pablo enarbola esta esperanza y la da un fuerte acento, al final de sus amplias y tensas consideraciones.

¿Sobre qué fundamenta él su inconmovible certeza? En primer lugar, en el Espíritu Santo, que viene en ayuda de nuestra debilidad, cuando nosotros, oprimidos por el «sollozo de la creatura», queremos también sollozar y desistir. El Espíritu toma nuestro sollozo y lo lleva hasta Dios, «y Dios, que escruta los corazones, sabe cuál es la intención del Espíritu». Esta es la experiencia profunda de oración en Pablo, de la que brota el convencimiento: «Sabemos también que, con los que aman a Dios, con los que él ha llamado siguiendo su propósito, El coopera en todo para su bien»

(8, 28). Así sucede con el Dios de la esperanza, en el que, en última instancia, se apoya la confianza del cristiano. Dios, que nos ha llamado, nos conducirá también a la perfección. «¿Si Dios está con nosotros, quién contra nosotros?». Que Dios está con nosotros, lo ha demostrado, ya que «no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo es posible que con El no nos lo regale todo?». Ya hemos experimentado la prueba más elevada del amor de Dios y no tenemos que temer más. En Jesucristo nos ha sido revelado el amor de Dios; en el amor de Cristo adquirimos la certeza del amor de Dios.

«¿Quién podrá privarnos de ese amor del Mesías? ¿Dificultades, angustias, persecuciones, hambre, desnudez, peligros, espada? Dice la Escritura:

*Por ti estamos a la muerte todo el día,
nos tienen por ovejas de matanza (Sal. 43, 23).*

Pero todo eso lo superamos de sobra gracias al que nos amó. Porque estoy convencido de que ni muerte ni vida, ni ángeles ni soberanías, ni lo presente ni lo futuro, ni poderes, ni alturas, ni abismos, ni ninguna otra creatura, podrá privarnos de ese amor de Dios, presente en el Mesías Jesús, Señor nuestro». (Rom., 4, 17).

Este himno de la esperanza, que Pablo entona al final, habla por sí mismo. Es el testimonio de un hombre, que ha sufrido como pocos, sometido a las oscuridades de este mundo y a los abismos de la existencia humana y que, sin embargo, liberado por Cristo, se ha abierto paso hacia la esperanza. Para él los sufrimientos de este tiempo (si pensamos de nuevo en los signos del tiempo) se han conver-

tido en señales que hacen aguzar los oídos. Tras las vicisitudes y padecimientos yace la voluntad salvífica y escondida de Dios, que se ha revelado, para el creyente, en la misión de su Hijo. En el sufrimiento de su Hijo vence Dios el sufrimiento del mundo. Mirando a Cristo crucificado, al que Dios resucitó, hay para Pablo «una esperanza contra toda esperanza», es decir, una esperanza en el Dios, «que da vida a los muertos y llama a la existencia lo que no existe» (Rom., 4, 17).

4. Fuerzas del futuro en el presente. La visión de Juan

Jn. 15,7-11: «Si seguís conmigo y mis palabras siguen con vosotros, pedid lo que queráis, que se cumplirá. Esa es la gloria de mi Padre: que déis fruto abundante y seáis discípulos míos.

Igual que mi Padre me amó, os he amado yo. Manteneos en ese amor que os tengo, y para manteneros en mi amor, cumplid mis mandamientos; también Yo he cumplido los mandamientos del Padre y me mantengo en su amor.

Os he dicho esto para que compartáis mi alegría y así vuestra alegría sea total.»

Hay en el cristianismo primitivo distintas formas de comportamiento cristiano. Pablo era un vanguardista y luchador; un hombre en revolución interior, impulsado por un celo misionero, que vencía todas las dificultades por medio de su fe profunda y su amor apasionado; que nunca dejó su esperanza y que perseguía, sin error, «el premio al que Dios llama desde arriba». A la tensión e intranquilidad de su vida co-

rresponde su pensamiento, rico en tensión, perforador y que a veces va como a saltos; que parece no encontrar nunca un equilibrio definitivo.

Si pasamos de las cartas paulinas a los escritos de S. Juan, nos sentimos rodeados de un ambiente completamente distintos. Empleando una comparación, Pablo nos hace el efecto de un espumante torrente de montaña que se precipita hacia su meta, Juan por el contrario, el de un lago claro, sereno, que yace brillante al sol y que, sin embargo, deja adivinar profundas simas. Pero toda comparación fracasa; se trata de otra forma de pensar y hablar, que deja ver, a pesar de una fe común en Cristo, una toma de posición distinta, frente al mundo y al hombre.

También Juan, como solemos denominar a la tan discutida personalidad que se encuentra tras el último de los evangelios, ha ejercido gran influencia por medio de su anuncio de Cristo. Reunió a su alrededor un círculo de discípulos y formó una comunidad cuyas características nosotros no conocemos muy bien, que afirmó su propia personalidad en medio de su mundo y de las corrientes espirituales de su tiempo. Nosotros hablamos de un «cristianismo juaneo». Todavía más duradera fue la eficacia de sus escritos y de la teología contenida en ellos. Su profunda concepción de la Persona de Cristo y la interpretación de su mensaje, ha estimulado y enriquecido la fe y piedad cristianas a través de los siglos. El lenguaje del Cristo juaneo nos conmueve todavía hoy, en forma directa. ¿Pero, cuál es su visión del mundo, de la humanidad y del futuro?

¿Vuelta al mundo o huida de él?

Se ha dicho que Juan representa un cristianismo apartado del mundo; que contempla al mundo como algo completamente negativo y quiere separar del mundo a la comunidad

de los elegidos. Le falta a su comunidad la conciencia de la historia y su responsabilidad por la humanidad se encierra en su propia vida y encuentra su propia satisfacción en la comunión con Dios y en los lazos fraternos: una comunidad esotérica que se ha retirado del mundo. Si esto fuera cierto, el cristianismo juaneo tendría poco que decir a nuestro tiempo; pero también resultaría que se había apartado de la intención de Jesús. En realidad como quiera que no conocemos la comunidad juanea sino por referencias de las cartas y del evangelio, pudiera ser que ese apartarse del mundo y retirarse a la vida interior, que ciertamente se vislumbra en muchos momentos, nos engañen y oculten la verdadera posición del cristianismo de Juan. Las palabras citadas en la introducción del discurso de despedida, valen no sólo para los discípulos en el cenáculo, sino que han sido pronunciadas también para la comunidad posterior y para su vida de fe y su esfuerzo moral y han quedado fijadas en un campo visual determinado. El consuelo interior que la comunidad recibe de las palabras de Jesús, tiene una función especial para una situación determinada y no permite conocer todo lo que mueve a esa comunidad ni todo a lo que aspira.

La comunidad se encuentra en una situación apurada y tiene que soportar trampas y persecuciones. Esto se desprende del fragmento siguiente en el que Jesús quiere fortalecer y consolar a los discípulos frente al odio del mundo y las persecuciones de los hombres. «Cuando el mundo os odie, tened presente que primero me ha odiado a mí. Si pertenecierais al mundo, el mundo os querría como a cosa suya, pero como no le pertenecéis, sino que al elegiros yo, os he sacado de él, el mundo os odia.

Acodaos de aquello que os dije, que un siervo no es más que su amo; si a mí me han perseguido, lo mismo harán con vosotros; y el caso que han hecho de mis palabras harán de las vuestras.» (15,18-20). Hombres bajo fuertes presiones necesitan ánimo y fortalecimiento de su consciencia para per-

manecer firmes. En las comunidades juaneas se añade, como agravante, el que su principal enemigo eran los judíos, que la perseguían por motivos religiosos. «Os expulsarán de la sinagoga; es más, llegará el día que os maten pensando que así dan culto a Dios» (16, 1-2). ¿No es posible que los judeo-cristianos, se sintieran con esto, inseguros? Se encontraban en la misma proscripción religiosa que estuvo Jesús, a quien los jefes del pueblo judío habían entregado a la afrentosa muerte de cruz. En todo el evangelio de Juan se refleja la divergencia entre el joven cristianismo y el judaísmo poderoso e influyente en las ciudades helenas fuera de Palestina, sea en Siria o en Asia Menor. Se comprende que en tal situación fuera importante despertar en los cristianos la conciencia de seguir la verdadera fe, y de ser elegidos y amados por Dios. Jesús es la vid verdadera que ha plantando Dios, y ellos deben considerarse como sarmientos de esa vid (15, 1.5).

Testimonio de Dios en un mundo alejado de Dios.

Es muy digna de tenerse en cuenta la enseñanza que recibe la comunidad de Juan, para comportarse en su situación de opresión. No deben oponer odio al odio, sino mostrarse, por medio de su amor y sus obras, como pertenecientes a Dios y como una comunidad de discípulos de Jesús. Debe dar un testimonio frente al mundo, mediante su forma de vivir según Dios, mediante la puesta en práctica de las enseñanzas de Cristo, especialmente del precepto del amor, y convencer así de la verdad de la fe de Cristo. ¿Puede esto expresarse más bella y claramente que en la oración de Jesús despidiéndose de sus discípulos en el cenáculo?

«Que sean todos uno, como Tú, Padre, estás conmigo y Yo contigo; que también ellos estén con nosotros, para que el mundo crea que Tú me enviaste. Yo les he dado a ellos la gloria que Tú me diste, la de ser uno como lo somos nosotros,

yo unido con ellos y Tú conmigo, para que queden realizados en la unidad. Así sabrá el mundo que Tú me enviaste y que los has amado a ellos como a mí» (17,21-23).

Se aduce a menudo esta cita para presentar, en forma destacada, la idea de la unidad de los cristianos separados, como deseo apremiante de Jesús e impulsar la unidad ecuménica. Siendo esto tan importante en la actual situación del mundo y aunque eso pueda y tenga que deducirse de la oración de despedida de Cristo, fue otra, sin embargo, la intención originaria de este texto ante la comunidad de Juan. Esta debía translucir la esencia y atributos de Dios, tal y como aparece en la unidad de Jesús con Dios; debía aparecer como introducida por Jesús en la unidad y comunidad de Dios; y esto debía convertirse en un testimonio frente a un mundo alejado de Dios. La comunidad de Juan no estaba llena del activismo y celo misionero de Pablo; pero quería ser un signo de Dios en este mundo, por medio de su existencia y forma de ser, por su vida, su amor y su comunidad fraternal, y convencer a los hombres del amor de Dios, que se ha cumplido al enviarnos a su Hijo.

Penetración interior del mundo.

Cierto que esta postura es más pasiva hacia afuera y un movimiento hacia dentro, ¿pero, tiene que ser una retirada a un getto? No se puede negar el peligro y no sabemos si aquellas comunidades, en su concreta situación sucumbieron al getto o no. Pero hay indicios de que permanecieron conscientes de su misión en el mundo, de sus responsabilidades en él. También el Cristo juaneo dice a sus discípulos en la tarde de Pascua: «Como el Padre me ha enviado, así os envío yo a vosotros» (20,21), y reza por ellos: «No te ruego que los saques del mundo, sino que los protejas del Malo. No pertenecen al mundo, como yo tampoco pertenezco al mundo; conságratelos con la verdad, y ese mensaje tuyo es verdad.

Como Tú me enviaste al mundo, al mundo los envió yo también; por ellos me consagro a Ti, para que también ellos te queden consagrados de verdad» (17,15-19). Es otra concepción del «envío en el mundo», no tanto en el sentido de actividad misionera, como en el de penetración interior del mundo con las fuerzas salvíficas de Dios.

Sin embargo no faltan indicios de actividad misionera exterior. En una conversación, en Samaría, dice Jesús a los discípulos: «Yo os envié a segar lo que no habíais labrado; fueron otros los que labraron y vosotros habéis entrado en su labor» (4,38).

¿Quiénes son esos otros? Seguramente primitivos misioneros cristianos de cuyas fatigas se quiere acordar la comunidad. En la tercera carta de S. Juan, alienta su redactor a su destinatario, Gayo, a que apoyen a los misioneros cristianos, y éstos reciben grandes alabanzas por su trabajo altruista. «Querido amigo, qué lealmente te portas en todo lo que haces por los hermanos, y eso que para ti son extraños; ellos han hablado de tu caridad delante de la comunidad de aquí. Por favor provéelos para el viaje, como Dios se merece, pues emprendieron el viaje por Cristo, sin aceptar nada de los paganos; es deber nuestro hacernos cooperadores de la verdad, ayudando a hombres como éstos» (3Jn.5-8).

Es un tiempo distinto ya a aquel otro en el que Pablo y otros hombres salieron para llevar el mensaje de Cristo y fundar comunidades. No pocas comunidades miran ya retrospectivamente a su larga existencia, su vida se ha cimentado; pero nuevos problemas las mantienen en vilo: enemistades de fuera y divisiones de dentro. (1Jn.2,18).

Permanecer en Jesús.

Una palabra aparece en estos escritos más frecuentemente que en ninguna otra parte del NT, cuatro veces más que en

las cartas de Pablo, y es: «permanecer». También esta cita de la despedida de Jesús, que estamos considerando comienza con la invitación a permanecer con Jesús. Es también el tenor fundamental de la parábola de la vid: «Seguid conmigo, que yo seguiré con vosotros. Si un sarmiento no sigue en la vid, no puede dar fruto solo; así tampoco vosotros si no seguís conmigo (15,4). La comunidad de Juan sólo puede afirmarse y acreditarse si se mantiene firme y permanece en aquello que le ha sido regalado. ¿Y qué es esto? En la carta principal se cita mucho: lo que «está» en los creyentes o lo que los creyentes «tienen»: la verdad (2,4), la palabra de Dios (2,14), es crisma —una imagen para el Espíritu Santo— (2,27), la semilla de Dios (3,9), su vida (3,15), su amor (3,17; 4,12), la paz de Cristo (14,27), su alegría (15,11) y constantemente, la vida divina. En último término se trata de «la comunidad con el Padre y con su Hijo, Jesucristo» (1Jn.1,3); de ser acogidos en Dios y en su vida; o visto de otra manera, el que Dios venga y tome vivienda entre los hombres (comparar con Jn., 14,24); la penetración de fuerzas vitales divinas en los hombres. Donde Dios está, allí está El con su vida y luz, su verdad, su amor, su alegría.

Juan proclama, incansablemente, que esta comunidad con Dios nos ha sido regalada por medio de Jesús, su Hijo. «El amor de Dios se hizo visible entre nosotros en esto: en que envió al mundo a su Hijo unigénito para que nos diera vida» (1Jn.4,9). Este hijo enviado al mundo, puede decir de sí mismo: «Yo soy la luz del mundo: el que me sigue no andará en tinieblas, tendrá la luz de la vida» (Jn.8,12). «el que me ve a mí, ve al Padre» (14,9). «El que me ama, será amado por mi Padre» (14,21).

Para la comunidad, por tanto, sólo una cosa es necesaria: permanecer en Jesús y por El en el Padre. «Por vuestra parte siga con vosotros lo que aprendisteis desde el principio; si eso que aprendisteis desde el principio sigue con vosotros, también vosotros seguiréis con el Hijo y el Padre» (1Jn.2,24).

Es esta una visión distinta a la de Pablo, que si bien está profundamente convencido y posesionado de la comunidad presente con su Señor, parece tener añoranza de la Parusía, de su venir plenipotente. Esta tensión ha desaparecido sensiblemente en Juan. El tan frecuente «permanecer», que se utiliza recordando y advirtiendo, indica otro ánimo: un estar lleno de conciencia de presente y un aspirar a la constancia. Juan es de naturaleza contemplativa, que reflexiona sobre lo presente; ve las cosas en su fundamento; y en la verdad revelada por Cristo encuentra la respuesta a todas las preguntas oscuras y angustiosa. Tampoco a él le falta la mirada a lo oscuro y malo del mundo; al contrario, el «mundo» le parece como la esfera de las tinieblas y de la muerte. Pero lo confronta nítidamente con la esfera de la luz y de la vida, de donde El viene, con la esfera divina, a la que conduce a aquellos que creen en él.

Es un dualismo; un pensar por pares contrapuestos, que están repartidos en esferas contrapuestas; una forma de pensar muy extendida, por lo demás, en su tiempo. El dualismo juaneo está orientado espacialmente: frente al mundo de Dios, «de arriba», está el mundo del pecado y de la muerte «de abajo». Una vez dice Jesús, en el evangelio de S. Juan, a hombres hostiles y duros de cerviz «Vosotros sois de aquí abajo, yo soy de arriba; vosotros pertenecéis al mundo éste, yo no pertenezco a este mundo. Por eso dije que moriréis con vuestros pecados» (8,23-24). Esta representación de un mundo superior y otro inferior tiene, para nosotros, hombres de hoy, algo de extraño e irritante; pero no debemos olvidar que esto para Juan, era sólo la forma de expresión que según la imagen de entonces del mundo, podía utilizar para describir la redención de todo lo calamitoso y malo. Jesús, que viene de «arriba», del mundo de Dios, saca a los que en El creen de la calamidad del pecado y la muerte. El Hijo de Dios, unido con Dios, con su Padre, dice: «Quien oye mi mensaje y da fe al que me envió, posee vida eterna y no se le llama a juicio; ya

ha pasado de la muerte a la vida» (5,24), textualmente: ya en este mundo. La representación espacial, aquí se ve claro, es sólo una forma de representación externa.

Pedid todo.

Walter Flex, desilusionado por el acontecer cruel de la guerra y airado ante este mundo de horror y de la crueldad, escribió un librito con el título «Der Wanderer zwischen beiden Welten» (el peregrino entre ambos mundos). Utiliza, también él, la imagen de los dos mundos para expresar su anhelo por otro mundo que siga siendo todavía claro y sano. Nosotros no necesitamos buscar sobre las estrellas el mundo de Dios, ese mundo al que nos sentimos atraídos por nuestro espíritu, nuestro anhelo y aspiración, sino que lo podemos descubrir en la profundidad de este mundo visible y experimentable. No tiene que ser debilidad y huida el anclarse en él; puede ser la única salvación para aguantar un mundo desconsolado. Walter Flex escribe en una poesía:

«Rezar es enterrarse por completo en Dios,
y desde Dios resucitar a la vida.»

Otro pensador cristiano que ha luchado apasionadamente contra la oscuridad y miseria del mundo, el francés Leon Bloy, expresa su experiencia así: «Hay que rezar para soportar el espanto de este mundo. Hay que rezar para ser puro.

Hay que rezar, para alcanzar la fuerza de esperar.

Para el hombre que reza, no hay ni desesperación ni tristeza amarga.»

En el evangelio de S. Juan, dice Jesús a sus discípulos: «Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, entonces, pedid todo lo que queráis: os será concedi-

do.» En esta gran promesa, que surge repetidamente en el discurso de despedida, no se trata, con toda seguridad, de las cosas diarias, sino de todo lo que corresponde a la condición de discípulo: ser creíble en el mundo, producir fruto en el amor, unidad y hermandad, continuación de la obra de Jesús. Para la relación con el mundo y para el comportamiento en el mundo, la oración es el lugar del recogimiento, del adquirir fuerza, del nuevo despuntar, como acaecía también de la vida de Jesús. La promesa de que se escuchará nuestra oración se encuentra, de igual modo, en los evangelios sinópticos.

Producir abundante fruto.

La oración y la eucaristía no es lo único que encontramos en el corazón de esta comunidad. De ninguna manera se anega en la mística o en actitudes místicas, sino que siente la llamada a producir frutos morales. Se trata de una invitación tan punzante, sobre todo en la primera carta, que tiene que haber en ello algo característico de las aspiraciones y vida propia de esta comunidad. En esa carta se combate a las gentes que sólo aspiran a un conocimiento, contemplación o unión con Dios y descuidan a los hermanos: «Quien dice yo le conozco, pero no cumple sus mandamientos, es un embustero; ese no lleva dentro la verdad. En cambio, en uno que hace caso de su mensaje, el amor de Dios queda realizado de veras. Así podemos saber que estamos con El; quien habla de estar con Dios tiene que proceder como procedió Jesús» (2, 4-6). La buena actuación moral es la piedra de toque de un serio buscar a Dios; el amor fraterno pertenece a lo específicamente cristiano. Aquel grupo de cristianos quiméricos, que pertenecía antes a la comunidad, se ha separado entretanto de ella: «Aunque han salido de nuestro grupo, no eran de los nuestros; si hubieran

sido de los nuestros, se habrían quedado con nosotros, pero tenía que quedar claro que no todos son de los nuestros» (2, 19).

En la alocución a los discípulos en el cenáculo, dice Jesús: «Esa es la gloria de mi Padre: que déis fruto abundante y que seáis mis discípulos» (15, 8). El dar fruto es el fin propio de la alegoría de la vid. Se ha interpretado con frecuencia «místicamente» esta imagen de Jesús como vid, y de los discípulos como sus sarmientos: asomaba así el pensamiento del árbol de la vida. El divino portador de la vida comunica a todos los que están unidos a él, vida divina permanente. En realidad, se trata del dar fruto de los discípulos. El permanecer en Cristo es el presupuesto para ello; pero la intención se dirige a exhortar y alentar a los discípulos a una vida fructífera. Por ello se introduce a Dios ya desde el principio como el labrador, que por medio de esmerados cuidados de la vid, tiene el propósito de lograr abundante fruto. El corta todo sarmiento que no trae fruto, y purifica todo sarmiento que trae fruto a fin de que traiga más fruto (v. 2). Es difícil decir si se piensa en algo concreto, al hablar de purificar y cortar los sarmientos muertos o silvestres. Se ha interpretado como pruebas y padecimientos de los discípulos o también como dolorosa renuncia y penitencia. En todo caso, la alegoría vuelve a presentar, al final, la intención de Dios: dar fruto abundante. Quien quiera hacerse discípulo de Cristo o acreditarse como tal, tiene que mostrarlo, toda su vida, en los frutos que sea capaz de dar.

¿Qué se entiende por esos frutos? Efectividad moral en su más amplio sentido, sobre todo en el amor, que en Juan viene a ser el mandamiento central si no el único, y que encierra en sí todos los demás. Jesús habla de sus «mandamientos» en plural, pero los resume, después, en una única tarea: «Este es el mandamiento mío, que os améis unos a otros, como yo os he amado» (v. 12).

Dar el amor recibido.

No podemos desarrollar ahora al detalle esta exigencia de amor, que Juan presenta en su más elevada forma, según el ejemplo que dio Cristo, y que acentúa en forma que no puede dejar de llamar la atención. Pero nosotros preguntamos por el significado que tiene para el autoconocimiento de la comunidad y para su comportamiento frente al mundo. En primer lugar, se ve claro que la comunidad se siente capacitada para el amor fraterno, por el amor que ha recibido de Dios.

Si no crece en el niño la confianza instintiva, le falta lo más importante para su desarrollo futuro. Cuando un hombre no ha experimentado el sentirse arropado por el amor de otro ser humano, surge en él la agresividad y el comportamiento antisocial. Si continuamente es sacudida y decepcionada su confianza en los demás hombres, queda impedida su relación para con el mundo.

Esta verdad básica y sencilla, confirmada por la actual investigación del desarrollo y del comportamiento humanos, está contenida en las palabras de Jesús: «Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor». El creyente se sabe protegido en el amor de Jesús y del Padre, y todo en lo que se tiene que afanar, está dicho con una frase: «¡Permanece en mi amor!». Pero para permanecer en el amor de Cristo, se requiere guardar sus mandamientos; es decir, guardar el único mandamiento que encargó a sus discípulos: amarse los unos a los otros. Ellos deben dar a los hermanos el amor recibido de Jesús.

Si se piensa lo que significa esa posición fundamental para nuestro tiempo actual, y para la sociedad futura, se comprenderá cuán decisiva aportación ha proporcionado el cristianismo juaneño a la superación de los problemas actuales de la humanidad. Pues, ¿para qué sirven todas las

medidas extrínsecas y todas las planificaciones para acabar con la necesidad y el hambre del mundo, asegurar la paz entre los pueblos, evitar los conflictos violentos, si no se desmonta también, en los mismos hombres, la inclinación a la agresión, al sometimiento de los otros, a la autoafirmación brutal y si no se despierta una voluntad de ayuda recíproca?

Es verdad que hoy son muchos los hombres que se ocupan de esto, sea por humanismo o por opinar que de otra forma no hay futuro para la humanidad. Pero, para los cristianos, a los que su fe señala la dirección, la exigencia del amor fraterno, está más profundamente fundada y más firmemente anclada en su posición de fe. «Por nuestra parte, el amor que Dios mantiene entre nosotros ya lo conocemos y nos fiamos de El. Dios es amor: quien permanece en el amor, permanece en Dios y Dios en él». (1 Jn., 4, 16).

Amar es servir.

La comunidad juaneña quería, así pues, permanecer en Dios y su amor, que ella realizaba según la enseñanza de Jesús, «no con la palabra y la lengua, sino en hechos y en verdad». Ofrecía su amor, en sus circunstancias vitales, a la comunidad de los hermanos.

¿Puede concluirse de la falta de la exigencia de amar al prójimo y al enemigo, que quería reducir al círculo de los hermanos, el mandamiento del amor? Cuando se trataba de la práctica del amor, la comunidad, en la que había pobres, débiles y fracasados, era el campo más cercano de actuación. El amor, si no quiere convertirse en una mera confesión de los labios o en una mentira, tiene que demostrarse en la situación concreta. Como prototipo, esta comunidad, que quería vivir del amor de Dios, tenía el amor de Jesús por sus discípulos. «Como yo os he amado»: esto les re-

cordaba el lavatorio de pies de Jesús en la última cena. Las repetidas advertencias al amor fraterno en las palabras de despedida apuntan a esto retrospectivamente. «Pues, si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies los unos a los otros, porque os he dado ejemplo para que hagáis vosotros lo mismo que Yo he hecho». (Jn., 13, 14-15). La actuación de Jesús deja esto bien claro: amar es servir, inclinarse hacia los más pequeños, entregarse a los demás.

En la intención de Juan, el lavatorio de los pies muestra todavía algo más: es un signo de la muerte de Jesús. Esta elevada muestra de su amor, está continuamente ante los ojos de la comunidad. «Hemos comprendido lo que es el amor, porque Él se desprendió de su vida por nosotros; ahora, también nosotros, debemos desprendernos de la vida por nuestros hermanos» (1 Jn., 3, 16). Pero ya que esto será siempre un caso de excepción, la comunidad vuelve su mirada serena a la vida ordinaria: «Si uno posee bienes de este mundo y, viendo que su hermano pasa necesidad, le cierra sus entrañas, ¿cómo va a estar en él el amor de Dios? (3, 17). Este realismo sobrio refuta el reproche de que la comunidad juanea viva apartada del mundo, en unión beatífica con Dios. «A Dios nadie lo ha visto nunca. Si nos amamos mutuamente, Dios está con nosotros y su amor está realizado entre nosotros (4, 11). Esta es la posición de aquellos cristianos.

Amor, una luz creciente.

El amor operante, según el ejemplo y enseñanza de Jesús, es, para la comunidad juanea, también un signo de que la luz de Dios brilla en las tinieblas del mundo. El autor de la carta recuerda a los lectores el mandamiento antiguo y, sin embargo nuevo, que ellos conocen: un mandamiento

viejo, porque lo han oído desde el principio, y, sin embargo, nuevo, «cosa que es verdad de él y de nosotros, porque se van disipando las tinieblas y la luz verdadera ya brilla» (2, 7-8). Una frase, en principio difícil de entender, pero que nos permite observar profundamente la autocomprensión que de sí tenía la comunidad. Jesús ha traído algo nuevo al mundo con el amor que ha enseñado, vivido y sellado con su muerte; ha dejado brillar una luz que no se extingue jamás. Pues Él vive aún en su comunidad y obra, mediante ella; por ello se dice «en él y en vosotros». Casi se asusta uno al oír esta declaración: en la comunidad se continúa la revelación y la realidad del amor que Jesús trajo al mundo. En otra cita se dice en forma semejante: «Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos» (3, 14). Una enorme toma de conciencia que se liga continuamente a la advertencia de realizar el amor en obras y en verdad.

La fuerza que abre un camino hacia el futuro.

«Las tinieblas se disipan y la luz verdadera ya brilla». Con ello experimentamos, finalmente, algo sobre la posición que la comunidad juanea toma respecto al futuro. Estos cristianos ven también el mundo presente lleno de oscuridad y a los hombres impulsados por odios y malas pasiones; pero la oscuridad y la maldad tienen que ceder ante el poder de la luz. El evangelista presenta «la elevación» de Jesús en la cruz, como el triunfo sobre «el señor de este mundo»: «Ahora comienza un juicio contra el mundo presente, y ahora el príncipe de este mundo va a ser echado fuera. Pero yo, cuando me levanten de la tierra, atraeré a todos hacia mí» (12, 31-32). El redactor de la carta escribe al final: «Sabemos que somos de Dios, mientras el mundo entero está en poder del malo.

Sabemos que ha venido el Hijo de Dios y nos ha dado entendimiento para conocer al Dios verdadero, y estamos con el verdadero, gracias a su Hijo, Jesús, el Mesías. Ese es el verdadero Dios y vida eterna» (5, 19-20). Y, en otra cita: «El que está con vosotros es más fuerte que el que está con el mundo (4, 4). A pesar de todo el poder del Malo, Dios sigue siendo el más fuerte. El Hijo de Dios que vino al mundo y su victoria en la cruz lo garantizan. Las fuerzas vitales de Dios, su luz y su amor, han irrumpido en el mundo y actúan todavía en él. De esto está convencida la comunidad, porque sabe que estas fuerzas están presentes y operantes en ella misma. Si entendemos correctamente a Juan, entonces es el amor que con Jesús vino al mundo, el que vence todo poder del Malo y abre un camino hacia el futuro que nunca acaba en fracaso.

Alegría desde la presencia de Cristo.

Este saberse regalado, desde la fe, permite superar toda tristeza y desesperanza y conduce a una alegría que, desde dentro, penetra toda la vida. Las palabras de Jesús que hemos elegido culminan con la frase: «Esto os lo he dicho, para que mi alegría esté en vosotros y para que, con ello, vuestra alegría sea completa». No es un espumeante gusto de vivir, tampoco una alegría ruidosa, sino una alegría tranquila que calienta por dentro y que no puede revertir fácilmente en depresión, como sucede con los estados de ánimo eufóricos. Es la alegría permanente que Cristo, en su despedida, anuncia a sus discípulos, para el tiempo que comienza con la resurrección: «...cuando volváis a verme os alegraréis y esa alegría vuestra no os la quitará nadie» (16, 22). Aquí se revela un sentimiento fundamental del cristianismo juaneo, que podemos llamar pascual. Jesús les es arrebatado a los discípulos sólo por un tiempo corto, los días de la

pasión; después vuelve de nuevo y está con ellos para siempre. La comunidad vive en esa consciencia de la presencia de Cristo y aunque todavía tenga que soportar las calamidades de este mundo, se siente llena de la paz de Cristo y de su alegría imperecedera.

¿Es ésta una posición extraña al mundo y alejada de la vida? La respuesta nos la podrían dar los muchos jóvenes, muchachas y jóvenes de todas las partes del mundo y con muy distintas experiencias vitales, pero poseídos del mismo anhelo y afán, que siguieron la llamada del concilio de la juventud, en Taizé, a organizar la vida de unos con otros en una forma mejor que hasta ahora. Una joven francesa lo expresa así: «Desde pascua de 1970, cuando se anunció la preparación del concilio de Taizé, se ha tendido un puente entre los días vivenciados en Taizé y la vida de los días cotidianos. Unidos unos a otros interiormente, a menudo mediante pequeños grupos informales y provisionales de jóvenes, vivimos una aventura memorable: el descubrimiento de Jesús, en sí mismo, y el descubrimiento de la fiesta que de él surge».

Esta juventud ha entendido, también, que la alegría que brota de la presencia de Cristo exige algo: «poner la vida en juego para que ningún hombre sea la víctima de otro hombre, y así todos participen en la misma fiesta de la redención». Esta juventud es crítica del tradicional cristianismo clerical. Un joven italiano decía: «Las formas de compromiso tradicional en la Iglesia, no bastan. Es necesario encontrar otras nuevas, originarias, que correspondan a las condiciones y necesidades de vida presentes». Hay que orientarlas según los núcleos principales del evangelio, «la búsqueda de Dios y de la Justicia para los hombres».

Una interlocutora observó: «Ya existen tales hombres y mujeres en la Iglesia». Son parte de ese movimiento que no aflora a la superficie. ¿No son estos testimonios del estilo e

inspiración del cristianismo juaneo? ¿No están llenos estos signos de esperanza en nuestro tiempo?

Vuelve de nuevo a sonar la pregunta sobre los signos del tiempo, que queríamos aclarar. Hay fenómenos deprimentes y amenazadores que parecen señalar tormenta, destrucción y decadencia. Pero hay otros signos de tonos no tan grises y que son visibles y percibibles. Hay fuerzas de salvación y de vida, que están actuando en la profundidad, en el corazón de los hombres, fuerzas que cooperan eficazmente a la reunión y unión de los buenos, a la liberación de los oprimidos, a la salvación de los angustiados y menesterosos, a la reconciliación y a la paz.

Fundamentalmente, la única fuerza es la del amor que viene de Dios y se ha revelado en su Hijo Jesucristo, y que, desde entonces, ya no desaparece jamás. Ella se apodera y mueve incesantemente a los hombres, los une a unos con otros, y los impulsa a actos que edifican a la humanidad que se hunde, la renuevan y la conducen hacia el futuro.

Esta es la esperanza del adviento que siempre nueva nos invade: a donde quiera que nos conduzca la historia de la humanidad, no caeremos jamás fuera del amor de Dios, que no ha enviado su Hijo al mundo para juzgarlo, sino para que por El sea salvo (Jn., 3, 17).